



EDICIONES  
A. J. M.

# Aquel monaguillo de Elduayen

por

Antonio María Pérez Ormazábal  
Vice-Aesor General del I. S. A. I. N.

III

OPÚSCULOS  
«SEMBRADOR»

NIHIL OBSTAT:  
DR. JOACHIM GOICOECHEAUNDIA  
*Censor*

IMPRIMATUR:  
Victoriae, die 1. februarii 1955  
DR. PHILIPPUS UGALDE  
*Vicarius Generalis*

Hay un sello que dice:  
OBISPADO DE VITORIA.

## *Del autor al lector*

**E**STE opúsculo, en cuya página inicial acabas de posar los ojos, te ofrece dos etapas de la vida de don Antonio Amundarain, el venerado Padre de la Alianza. La una se abre con la primera luz de su existencia y se cierra en el momento de su ordenación sacerdotal; la otra comprende los veintidós años de su ministerio parroquial; desde el primer destino que obtuvo: Baroja, hasta que su quebrantada salud y los cuidados que exigía la Obra, cuyo fundador era, le impusieron la renuncia del curato de Zumárraga.

Mas para tu gobierno he de advertirte que no se ha recogido en este opúsculo todo lo que hizo don Antonio en la segunda etapa de su vida; intencionadamente se han dejado, para opúsculos sucesivos, su acendrada devoción a María, su campaña incesante por el triunfo de la Pureza y hasta otras facetas interesantísimas de su apostolado sacerdotal.

En cuanto lo que aquí se refiere, seguros estamos de que constituye la menor parte, casi un resumen de su vida de monaguillo, de seminarista, de capellán, de coadjutor y de párroco; pero abrigamos la esperanza de que las cosas que vayan saliendo, tal vez al calor de las que decimos, suscitarán recuerdos de otras que parecían olvidadas, y esos recuerdos, fielmente narrados, hallarán cabida en opúsculos que vean la luz más adelante, con el favor de Dios.

*Para que puedas seguir a nuestro biografiado por el sendero que le hizo recorrer, en estas das etapas de su vida, la amorosa Providencia de Dios, he aquí los hitos que las van jalando:*

**I.-ELDUAYEN:** *De 1885 a 1898; hasta que dejó su villa nativa para comenzar sus estudios de latín.*

**II.-BALIARRAIN:** *De 1898 a 1901; lugar de Guipúzcoa donde las cursó.*

**III.-VITORIA:** *De 1901 a 1909; capital de la Diócesis, en la que hubo de cursar las tres años de Filosofía y las cinco de Teología hasta el Sagrado Presbiterado.*

**IV.-BAROJA:** *De 1910 a 1911; pueblecito de Álava, a donde destinaron sus Superiores eclesiásticas al nueva sacerdote.*

**V.-ZUMÁRRAGA:** *De 1911 a 1919; villa de Guipúzcoa, en la que sucesivamente desempeñó la Capellanía del Hospital-Asilo y una Coadjutoría.*

**VI.-:SAN SEBASTIÁN:** *De 1919 a 1929; Capital de su Provincia, donde fue Coadjutor das veces, primera en la Parroquia de Santa María y después en la de San Ignacio.*

**VII.-ZUMÁRRAGA:** *De 1929 a 1932; allá volvió para regentar su Parroquia en calidad de Cura-Ecónomo de la misma.*

*Y aún habremos de señalar, en un nueva opúsculo, los tres últimos, mojones que limitan la tercera etapa de la vida de D. Antonio: su permanencia en el misma Zumárraga, pero desligado de toda obligación. parroquial; su vuelta a San Sebastián, que otra vez perfumó can el suave olor de sus virtudes apostólicas, y su ida a Madrid donde había de consumir su existencia.*

## I.- ELDUAYEN (1885 A 1898)

### Folio 113 vuelto

La partida de nacimiento que el buen frailecito exclaustrado extendía aquella tarde en el folio 113 vuelto del Libro 4º de Bautismos, rezaba así:

«En la villa de Elduayen correspondiente a la Provincia de Guipúzcoa, Obispado de Vitoria a treinta y siete de abril de mil ochocientos ochenta y cinco, yo el infrascrito Cura Párroco de Santa Catalina, bauticé solemnemente a un niño que nació a las siete de la noche anterior, hijo legítimo de don Juan Bautista Amondarain, natural de ésta, labrador, y Teresa Antonia Garmendia, natural de Berrobi y residentes de Elduayen, siendo sus abuelos paternos don José María, natural de ésta y María Antonia Gabirondo, natural de Gaztelu; los maternos don José María, natural de Asteasu y María Josefa Goicoechea, natural de Berrobi. Se le puso por nombre Antonio José...»

Y Fray Francisco Antonio de Sasiain, homónimo de su Santo Fundador, continuó escribiendo la partida de ANTONIO JOSÉ AMONDARAIN Y GARMENDIA, el benjamín de aquel matrimonio honradísimo que ocupaba una de las dos viviendas del Caserío *Sales*, sito en su jurisdicción. Ya tenía el bendito fraile, ocasionalmente Cura Párroco de la villa, una ovejuela más en aquel su rebaño que no pasaba de las cuatrocientas, desperdigadas por las vertientes montañosas donde se asentaba Elduayen. Pero ¿se le ocurriría pensar, al tiempo de extender su partida, en que el recién nacido habría tal vez de escalar algún día las cumbres del sacerdocio?...

Si a él no, a otro, padrino del Bautismo de nuestro biografiado, sí que le oyeron decir en cierta ocasión: «¡A ver si éste, el más pequeño, débil, enclenque y despreciado de todos, va a ser mayor que todos sus hermanos!».

Y eso que ninguno de los tres hermanos de Don Antonio

desmereció de los cristianos padres que el Señor les diera: José Martín, el primogénito (en religión Fray Miguel), hijo de otra madre, vistió el humilde hábito de lego franciscano y llevó una vida edificantísima, Pedro, el segundo, entregó a Dios tres de sus hijos: un varón en el sacerdocio y dos hembras, Mercedaria de la Caridad la una y Misionera Evangélica Diocesana la otra; de José María, el tercero (único que ha sobrevivido a nuestro Don Antonio), algo podrán decir sus hermanos los Terciarios de la V.O.T., los Adoradores nocturnos y los feligreses de la Parroquia de Santa María en San Sebastián.

### Releyendo la partida

Quien se haya fijado en ella, habrá extrañado dos cosas: el nombre doble que registra, *Antonio José*, y el apellido *Amondarain*, que varía en una letra del que siempre usó don Antonio.

En cuanto al añadido José, heredado de su padrino de pila, que así se llamaba, nunca lo hemos encontrado escrito fuera de su partida, ni, con haber tratado a don Antonio durante casi treinta años, habíamos oído jamás de sus labios que lo tuviera. Hasta le entran a uno vehementes sospechas de que él lo ignorase; porque ¿cómo él, tan devoto de San José, no hubiera manifestado tener a honrar el llevar su nombre?

Por lo que al apellido se refiere, ya hemos visto que en la partida figura *Amondarain*, y a ella se conforman casi todos los documentos oficiales que obran en el expediente de nuestro biografiado. Es más; el Fiscal General Eclesiástico del Obispado de Vitoria, doctor don José Leoncio Ortiz de Zárate, al informar de oficio sobre la documentación presentada por don Antonio, solicitando Órdenes Mayores, se expresa de este modo;

«Es de notar que no obstante la diferencia entre el apellido Amundarain con que firma el interesado, y el de Amondarain que se le atribuye en la partida bautismal y en otros documentos, no es bastante para dudar de la identidad del sujeto a que se refieren». (Informe de 15 de

Diciembre de 1908).

En las cuatro copias de esta partida, que figuran en el citado expediente para las cuatro ordenaciones que sucesivamente recibió don Antonio, la primera redactada de puño y letra del Cura Párroco de entonces, don Francisco Tellería, escribe *Amundarain*, sin duda respondiendo a la forma corriente de pronunciar y escribir dicho apellido; pero las otras tres copias que firma también el citado Tellería, pero que redacta otra mano, emplean la forma *Amondarain* de la partida original. A nuestro juicio, ésta debió ser la forma auténtica; porque no es creíble que el buen fraile Párroco de Elduayen se atreviera a adulterar el citado apellido. Pero, al fin y a la postre, prevaleció la forma vulgar, la que siempre usó nuestro biografiado y han usado invariablemente todos los miembros de la familia.

### **La villa de Elduayen**

Como todo lo suyo nos interesa a los que le queríamos, dediquemos unas palabras a la villa que lo vio nacer. Situada a pocos kilómetros de Tolosa, en dirección de Navarra, Elduayen era entonces y ha sido después un pueblo eminentemente agrícola, sin casco urbano apenas, con casi todo su vecindario repartido acá y acullá en casas de labranzas (caseríos) a lo largo y ancho de una extensión considerable de terreno; la vista parcial de Elduayen, que publicamos en otro sitio, con su iglesia parroquial puesta bajo la advocación de la virgen y mártir Santa Catalina, no abarca ni siquiera la mitad de la jurisdicción de la villa.

Ya hemos dicho que el caserío nativo de don Antonio, cuyo nombre extraño era Sales –extraño decimos porque en una región donde únicamente se habla vascuence, los caseríos llevan nombres vascongados-, constaba de dos viviendas. En la foto que reproducimos, la fachada del caserío que mira al lector, correspondía al vecino de la familia Amundarain; ésta ocupaba la otra parte, cara



al monte, aunque fuera suyo el maizal que aparece a la derecha.

Todavía pudiéramos añadir que el servicio de comunicaciones estaba a cargo de una modestísima diligencia, con dos caballos de ordinario, a los cuales se añadía un tirante para la cuesta arriba en el camino que conduce a Berástegui; hoy el progreso ha sustituido el viejo vehículo por autobuses de cierta categoría.

Y es todo lo que podemos decir de Elduayen que tanto amó don Antonio, porque todo en él le hablaba de los primeros años de su vida, de sus juegos de muchacho, de sus afanes de pastor, de sus servicio de monago.

### **Juan Bautista y Teresa Antonia**

Así vimos en la partida bautismal del benjamín, que se llamaban sus progenitores; labrador él, como la inmensa mayoría de sus paisanos, y hacendosa ella para los quehaceres de su casa. Pobres, pero intachables en su conducta.

De ello dio testimonio su mismo hijo en tarjeta que, desde Sevilla (17 Septiembre de 1951) envió a una dirigida suya, agradeciéndole el pésame por el fallecimiento de su hermano Pedro:

*«Mucho he agradecido –dice- tus fervientes sufragios por el alma de mi muy amado hermano que, gracias a Dios, había heredado las santas virtudes de nuestros venerados padres y no cambió nunca la ruta que aquellos nos marcaron desde la cuna.*

*Así sea los que le siguen».*

Como cristianos que eran de pura cepa, procuraron que su hijo recibiera el Sacramento de la Confirmación, aprovechando el que don Ramón Fernández de Piérola, Obispo de Vitoria, la administró en la cercana villa de Berástegui el 8 de mayo de 1891; es decir, cuando don Antonio había cumplido los seis años de edad.

Dos después, el señor Cura Ecónomo requirió los buenos

oficios del rapaz para monaguillo de la Parroquia, sin que ello supusiera extorsión alguna por parte de sus padres, de quienes es de creer que lo vieron con sumo agrado. Y no es porque lo trajese a casa, ya que «su jornal de la semana consistía en un pan de tres libras, y los días festivos en un bollo de ídem y algunas perras; en cada sepultura (responsos) dos céntimos. Así leemos en unas notas tomadas de la persona que más convivió con él; su propio hermano José María.

Por ser don Antonio el benjamín y, sobre todo, débil y enfermizo desde que naciera, su madre vivía pendiente de él. «Mientras sus hermanos, más fuertes y vigorosos que él, se dedicaban a las faenas del campo, él ayudaba a su madre en los menesteres de casa, como encender y atender el horno, cocer el pan de maíz (borona) en los meses de invierno y el de trigo en los meses de mayo a octubre, cocinar, acarrear el agua, etc., etc. Todo esto lo tomó como una vocación, con especial mimo e ilusión, convirtiéndose en un verdadero *criadito* fiel de su madre... quien en cada hornada de pan solía hacer un bollo especial para él en premio a su ayuda en trabajo doméstico», (*De los mencionados apuntes*).

Un solo día a la semana se ausentaba Teresa Antonia, los sábados, en los cuales iba al mercado de Tolosa; mas tampoco entonces dejaba solo a su hijo, porque una buena señora solía suplirle: su amiga Ángela Josefa, la única habitante del caserío *Camio-Zar*, que estaba situado a mitad de distancia entre la iglesia parroquial y el caserío *Sales*; muy a propósito, por lo tanto, para que el escuálido monaguillo pasara en él las noches de invierno y evitara, al menos en gran parte, la obscuridad de las primeras horas de la mañana y el barro y el agua de los caminos cuando acudía al templo para ayudar la misa del señor Cura.

Pronto tendremos que volver a ocuparnos de los padres de nuestro biografiado, cuando lleguemos al punto de su vocación al sacerdocio. No obstante, una cosa notaremos: que no tuvieron un hijo vago, porque, en los ratos libres que le permitían sus ocupaciones domésticas, «aprendió a hacer ganchillo, a bordar y a hacer calcetines en casa de una vecina, y lo hacía como un maestro consumado; por

lo que no tiene nada de particular el que él mismo marcara su ropa durante los años de seminarista». (*Apuntes*).

## **Páginas de su infancia**

Acerca de la infancia de don Antonio, poseemos una pieza de indudable valor, escrita con riqueza tal de colorido y de ternura, que el lector no puede menos de exclamar: «Quien supo trazar estos renglones, era artista y tenía corazón...».

«Desde que llevamos sotana, y hace ya treinta y nueve años, no hemos tenido la suerte de pasar tres días seguidos en la casa que nos vio nacer. Dio nos ha deparado la ocasión de poderlo hacer cuando escribimos estas líneas, por una providencia amorosísima suya.

»Estamos entre los nuestros.

«La generación ha avanzado en este pueblo ritmo de los demás, Por casualidad tropezamos con algún vecino que respetuosamente nos saluda levantando la boina; no conocemos más que a los viejos, Fuera de esto, el pueblo apenas ha cambiado; las mismas casas, los mismos montes, los mismos ríos, los mismos caminos y los mismos adoquinados. Y no hay casa, ni monte... ni adoquín, que no despierte en nuestra mente algún recuerdo de nuestro pasado, que se reproduce con la viveza de una visión de ojos.

»¡Oh!... ¡En aquella casa jugaba yo ¡en aquella heredad trabajaba! ¡En aquel río cogía Buenas truchas! ¡En aquel monte apacentaba las ovejas de mi padre! ¡En aquella choza, hoy en ruinas, dormía! ¡Sobre aquel adoquinado hacía yo botar mi pelota!...

»¡Señor! ¡Con cuán poca cosa satisfacía yo entonces mis aspiraciones, y era feliz!

»De mala manera aprendidos los *introitos* de la Misa, fui

monaguillo de mi parroquia varios años. ¡Qué recuerdos se agolpan mi mente, al entrar en la iglesia!

»A medio metro del pequeño Sagrario (el mismo que hoy encierra a Jesús) desempeñé mi pequeño oficio un poco diligentemente (según cuentan) por lo muy riguroso que era el sacerdote a quien entonces servía yo; pero casi siempre distraído, despreocupado, algunas veces hasta irreverente e ignorante del misterio que allí vivía escondido y sin señales de vida.: Ahora, postrado en las mismas gradas de entonces, sin poder disimular el llanto, repito al Señor: ¡Oh! ¡Cuántas veces me miraste desde ahí..., me escogiste..., me amaste..., me llamaste...! ¡Cuán lejos andaba de lo que Tú, Señor, pensabas y querías de mí! Cuando yo me entretenía con la palmatoria o la campanilla, Tú, Señor, cubriendo con el manto de tu misericordia mis repetidas caídas, me miraba con cariño... y hasta te recreabas no con lo que era al presente y veías en aquel distraído monaguillo, sino mirando en él al futuro sacerdote.

«Vocación tan latente que, si alguna vez pensó en ella, debió ser por pura vanidad y presunción. Y había al lado del Evangelio, una Virgencita, que quería representar el misterio de la Inmaculada Concepción, a quien yo acostumbraba a rezar con alguna frecuencia. He registrado por todos los rincones de la iglesia y ha desaparecido. La han debido retirar, porque tal vez honraba poco al que la hizo.

El resto del artículo no nos interesa por ahora. Quizá para otro opúsculo de esta misma colección pueda valer; mas algo nos dice lo transcrito, de lo que fue en sus tiempos de niño y en su vida de Elduayen –donde está fechado el artículo el 6 de julio de 1948- Don Antonio Amundarain.

## El llamamiento

Cedemos aquí la pluma al autor de los preciosos apuntes que tenemos a la vista.

«A pesar de su carácter serio y reservado, no faltaron algunas personas que merecieran su confianza: una vecina, hermana de su maestra en el arte de bordar, y otra señora que vivía en las proximidades de la iglesia; sobre todo, esta última, que siempre que él pasaba por delante de su casa, tenía que decirle o preguntarle algo.

»Estas dos fueron las primeras -o por no decir las únicas- confidentes de su vocación al sacerdocio, que, según confesión del propio interesado, la sintió al pie del altar en su oficio de monaguillo. Y tan fuerte y reciamente la sintió que *estaba dispuesto a mendigar él mismo lo necesario a fin de llegar a ser sacerdote*. Por ellas supieron sus padres acerca de lo que él pensaba ser con el tiempo.

»No todos, sin embargo, pensaban lo mismo. Sus hermanos, los más castigados en las faenas del campo, a pesar de reconocer que, por su complexión tan débil, no podía él realizar los mismos trabajos que ellos. Querían no obstante que tomara parte en los mismos, como los demás. No les agradaba su vida más fácil y placentera de criadito mimado, dedicado tan sólo a los quehaceres propiamente domésticos. De aquí sus frecuentes discusiones y las *tortas* consiguientes que aquéllos le propinaban de vez en cuando.

»No hay rosas sin espinas, ni tortas o tiernos bollos de pan (los que, en premio a su buen comportamiento, recibía de su madre) sin esas otras tortas y caricias, no tan sabrosas, con las que le obsequiaban sus hermanos».

A todo esto «su padre llegó a madurar, completamente en secreto, un proyecto que pudo haber frustrado los planes del hijo, de llegar al sacerdocio. Este proyecto consistía en enviarle a América en compañía y al cuidado de un americano de Berástegui, así como a otro hermano

suyo (a éste más tarde), con el fin de librarle del servicio militar al mayor de los hermanos y librarse los demás, al mismo tiempo, de tener que ir a la guerra de Cuba, verdadero coco de la juventud de aquella época.

»Pero pudieron más los ruegos y las lágrimas de su madre, y, sobre todo, la divina Providencia que tenía obre el pequeño monaguillo de Sales otros designios y proyectos más elevados».

## II.- BALIARRAIN (1898 – 1901)

### Un Párroco Preceptor

Por los años a que nos referimos, era famosa en Guipúzcoa la Preceptoría de Latinidad que regentaba en Baliarrain su santo Párroco don Luis Antonio Sarasola. Este sacerdote, tan celoso del bien espiritual de sus feligreses -aunque sin olvidar los intereses materiales de los mismos- creyó poder servir a la Iglesia de Dios, desde el rincón de su Parroquia, dedicando el tiempo disponible a la enseñanza del Latín para los muchachos que quisieran dar los primeros pasos en la carrera eclesiástica. Y con tanta asiduidad, seriedad y competencia, para aquella época al menos, se aplicó don Luis a tan penosa labor, que llegó a reunir hasta medio centenar de estudiantes.

.Pues a esta Preceptoría se encaminó nuestro biografiado, a los trece años y medio, acompañándole en el viaje su hermano José María quien dos años antes había estudiado en Baliarrain un curso de Gramática con el hermano del referido Párroco, que era Maestro Nacional en dicho pueblo. El ingreso de don Antonio en la Preceptoría hubo de ser hacia Octubre de 1898.

¿Cuánto tiempo permaneció en ella? Tres años según nuestro cómputo, Pudo suceder que, al fin del primer año, no acudiese a dar ningún examen oficial; porque entre los certificados de notas que conservaba don Antonio, tan cuidadosamente como todo lo suyo, únicamente hemos encontrado dos de incorporación de estudios al Seminario Conciliar d Vitoria: el uno, del curso 1899-1900, correspondiente al 1º y 2º de Latín y Humanidades, y el otro, del curso 1900-1901, correspondiente al 3º de Latín con Retórica. La calificación que en ambos obtuvo fue la de *Meritus* (Aprobado).

Y añaden los apuntes de que nos servimos:

«Aparte de sus estudios, tenía otras ocupaciones, como la de llevar la ropa a la colada, primero a la fuente y después al secadero, de doce a catorce cestos aproximadamente, la de traer leche para los enfermos (los sanos desayunaban chocolate) y manzanas, asar castañas al anochecer (con su vasito de vino y alguna manzana asada como propina) mientras los demás estudiaban en el comedor, envidiando sin duda la suerte del compañero que durante ese tiempo se calentaba por fuera y por dentro».

También fue el peluquero de los estudiantes, y les cobraba diez céntimos por corte; mas como el Rector guardaba el dinero de todos, antes de devolver a cada uno el sobrante a fin de curso, abonaba a don Antonio lo que por aquel concepto le adeudaban, conforme a la relación que éste presentaba.

«En vacaciones, desde San Ignacio hasta San Miguel, solía ayudar al señor Párroco (de su villa natal) en la enseñanza del Catecismo, así como a sus padres y hermanos en la recolección del heno, ya que se sentía más fuerte que antes. Por lo demás, volvía a ser el *criadito* de su buena madre, como antaño».

Una pregunta nos sugiere lo que se narra en los precedentes apuntes. ¿Por qué tenía nuestro estudiante esas otras ocupaciones serviles. aparte el objeto principal que le había llevado a Baliarrain? Y nos parece que la respuesta no puede ser más sencilla: Que esos oficios, propios de un fámulo, los prestaría a cambio de recibir la enseñanza y el hospedaje gratuitamente o con poco dispendio de sus padres, porque la pobreza de éstos no daba para más holguras. Y si Juan Bautista acabó por doblegarse a la insistencia de su hijo y a los ruegos de su esposa, tuvo que ser porque se le allanaron las dificultades económicas que la carrera del monaguillo suponía para aquél.



### III. – VITORIA (1901 – 1909)

#### **Don Antonio seminarista**

Acabados sus estudios de latinidad en la Preceptoría de Baliarrain e incorporados oficialmente al Seminario de su Diócesis, había llegado para él el tiempo de trasladarse a Vitoria. Pero no en calidad de alumno interno, que eso se reservaba ordinariamente para los que cursaban los dos últimos años de la carrera, sino como alumno externo entre :05 cientos que por aquel entonces encontraban una posada en la ciudad por cinco o seis reales.

Cuando recientemente se celebraron en Vitoria, el viernes 30 de abril de 1954, solemnes exequias por el Padre Fundador, a ellas asistió un viejecito de 92 años; era don Eusebio Achótegui, natural de Elgueta (Guipúzcoa), en cuya casa de la calle Cuchillería, 32, 3º. Izqda., vino a hospedarse aquél. Al saberlo, ¿cómo se iba a desaprovechar la coyuntura de buscar una entrevista con el antiguo patrón de don Antonio?

El amable don Eusebio los recuerda perfectamente; aquel seminarista de vida corriente y muy económica al mismo tiempo, como que fuera de casa no gastaba ni *chiquita*. Con todos seis o siete huéspedes tenía alegre y simpático, pero sin reñir jamás con ninguno, ni jugar nunca, de conducta intachable y buen retiro. Les costó creer que aquel seminarista tan callado descollase algún día y...

«Caramba! ¡Fundador! ¡ Cuánta impresión nos hizo!...».

Los jueves por la tarde, vacación, hacían los estudiantes algún extraordinario de café o merienda. Por lo tanto, nuestro biografiado repetía a menudo, porque se le grabó en la memoria a su patrón, «Saturnino, saca un vaso de vino.».

Aún sabemos algo más de su época de seminarista externo. Que, pareciéndole a don Antonio mucho ruido en aquella casa, se mudó, con

algún compañero más, a otra de la calle del Mercado (hoy de la Paz). Allí habitaba un matrimonio honradísimo, cocinero él del desaparecido Hotel Pallarés, y ambos guipuzcoanos.

Por lo demás, tampoco en los cinco cursos que duró su estancia fuera del Seminario, obtuvo notas brillantes, hasta que no llegó a 2º de Teología no conoció el *Meritissimus* (Sobresaliente); su notas se mantuvieron implacablemente en el *Meritus* (Aprobado) para los tres cursos de Filosofía (1901-1904), aunque en Física sacó *Benemeritus* (Notable). Y lo mismo que en el primer curso de Teología (1904-1905), en el cual sacó otro *Benemeritus* en Historia Eclesiástica, no pasando del *Meritus* en Lugares Teológicos.

En cambio, al alcanzar el 2º curso (1905-1906) y todavía alumno externo, un *Meritissimus* rotundo coronó sus afanes en las tres asignaturas de Dogma, Historia Eclesiástica y Griego.

### **En pleno internado**

Desde que don Antonio traspuso los umbrales del Seminario, el *Meritissimus* fue ya su nota única: lo ganó en los cursos 3º y 4º de Teología (1907 a 1908), y en las dos asignaturas más importantes de la carrera: Dogma y Moral, lo mismo que en las de Sagrada Escritura, Patrología y Griego, que cursó en 5º de Teología (1908 a 1909). Ya se ve que no era tan pobre hombre don Antonio Amundarain, al menos por lo que se refiere a las ciencias eclesológicas.

En cuanto a su piedad, todos los contemporáneos suyos, a quienes hemos podido interrogar, están **contestes** con rara unanimidad en que destacaba notablemente como seminarista muy piadoso.

Valga un testimonio entre otros: el de un Sacerdote que comenzó sus estudios en el Seminario de la Fundación Aguirre sacerdote que comenzó sus estudios en el Seminario de la Fundación Aguirre, cuando don Antonio los estaba terminando en el Seminario Conciliar. Situados ambos edificios muy cerca el uno del otro, en la

parte más alta de la ciudad, el Campillo, se movían sus alumnos con vida y profesorado independientes entre sí; sólo cuando se trataba de días de Retiro, Ejercicios Espirituales, etc., acudían los del primero al segundo y se reunían todos en la Capilla más espaciosa para practicar juntos esos actos.

Pues bien; a nuestro seminarista incipiente, curioso observador de lo que hacían los mayores, le llamaba la atención, por su profundo recogimiento, un teólogo. Y esto sucedía con frecuencia, cuantas veces se repetía el acudir los alumnos del Seminario de Aguirre a los actos religiosos del Conciliar. A fuerza de verlo, llegó a grabársele fuertemente su fisonomía; aunque no se preocupara por saber quién era. Mas ¿cuál no sería su sorpresa, cuando, al cabo de diez años reconoce a aquel teólogo tan recogido en el nuevo Coadjutor que acababa de llegar a la Parroquia de Santa María, de San Sebastián, don Antonio Amundarain?

Otra prueba de su piedad, y en tiempo de vacaciones, podemos ofrecer: el que todos los viernes acostumbra a subir a la ermita de Santa Cruz, no sabemos si practicando el ejercicio del vía-crucis, que comienza en el templo parroquial para terminar en aquélla, o con objeto de practicarle más recogidamente dentro de su recinto.

A algunos de estos cursos de Teología, más bien al 2º o 3º por la índole de la materia en litigio, se refiere una anécdota que solía él contar. Planteóse en clase la cuestión sobre la conveniencia de la Comunión frecuente, cosa entonces casi desconocida. Abogaba la mayoría por la parte negativa y sólo algunos, capitaneados por don Antonio, defendían valientemente lo que luego adquirió carta de naturaleza cuando San Pio X vino a zanjar definitivamente la disputa. Ambas partes alegaban aquellas razones que más convincentes les parecían. Ignoramos cuáles fueron las que adujo el caballero mantenedor de la Comunión frecuente, ni si el Profesor las dio por mejores que las de sus contrincantes; pero nos conviene hacer notar que su recto sentido y amor a la Eucaristía le llevaron, ya entonces, a defender la sentencia favorable y que, por ello, su espíritu se regocijaba

dulcemente con el pensamiento de haberla sostenido, cuando la Iglesia aún no había fallado sobre una cuestión tan debatida.

### **Gregorianista decidido**

Ni sólo fue esto. Don Antonio se mostró muy amante del canto gregoriano, desde el Motu Proprio de San Pío X sobre la Música Sagrada (22 de Noviembre de 1903). Los que alcanzamos esa época, sabemos de lo mucho que costó introducirlo; tal vez se deba a don Zacarías Vizcarra, hoy Obispo titular de Ereso, quien por los años de 1906, entró a desempeñar en el Seminario de Vitoria las Cátedras de Teología y Griego, el haber sido su promotor en éste.

Para ello pidió, entre los componentes de la Schola, voluntarios-aunque a nadie obligó por razón de estudios-; a cargo de ellos estaban las partes variables de la Misa. Uno de los primeros que se prestaron, fue don Antonio. Y paso a paso se llegó hasta dedicar media hora, la mayor parte del curso de 1908 a 1909, es decir, cuando aquél había recibido las Ordenes mayores de Subdiácono y Diácono, para instruirse en la manera de cantar bien, siquiera lo más usual y corriente del Oficio litúrgico con vistas a un sacerdocio próximo.

El grupo de gregorianistas teólogos se atrevió a más: a organizar una *Sesión Práctica de Canto Gregoriano*, que tuvo lugar en el Salón de Actos del Seminario, el 22 de abril de 1909, bajo la presidencia del M. I. Sr. Rector y con la asistencia de los señores Profesores, alumnos internos y externos y sacerdotes aficionados.

«Dio comienzo el acto cantando el *Veni Creator Spiritus*, alternando la Schola, compuesta de diez seminaristas, con toda la Comunidad. El efecto fue grandísimo. Seguidamente ocupó la tribuna el alumno don Germán Giménez, quien en breve discurso resumió, sabiamente, la historia del Canto gregoriano... Explicó después los tres géneros decanto litúrgico, silábico, adornado y

melismático, y para darlo a conocer prácticamente, don Félix Apellániz cantó una Epístola, don Julio Ruiz la Angélica y don Antonio Amundarain el Prefacio, cuyas respuestas, así como las del Pater Noster, cantado por don José H. Ciarreta, eran coreadas por todos los alumnos internos».

Resulta curioso, al cabo de casi medio siglo, recordar hechos en los que tanta parte tuvo nuestro biografiado. Así completaba él su preparación más adecuada al paso definitivo que iba a dar pronto en su carrera: el presbiterado.

### **¿Fotógrafo por necesidad?**

No nos atrevemos a afirmar que fuera sólo la penuria de sus padres la que le estimulara a buscar en el arte fotográfico- el medio de no serles gravoso. Porque bien poco podía suponer lo que ganase en vacaciones, retratando por los pueblos circunvecinos de Elduayen, como nos consta que lo hizo; todo lo más, para proporcionarse los libros de texto y cubrir otros gastos de, menor cuantía.

Más adelante nos dirá él mismo, en atenta instancia dirigida al señor Obispo, solicitando la dispensa del patrimonio eclesiástico, que debía «su carrera a manos caritativas, por lo menos en gran parte». Sin duda, se refería a su tío Pedro Gabirondo, que había contribuido a ella con un préstamo de once mil reales, de cuya deuda se había hecho cargo más adelante Pedro, hermano de don Antonio. Pudo haber habido otros bienhechores, mas a nosotros solamente ha llegado la noticia del referido Gabirondo.

Sea lo que fuere, sí que debió de tener aficiones de fotógrafo nuestro seminarista. Algún testigo asegura que se le consideraba como el fotógrafo oficial del Seminario; por cierto que tardaba mucho en sacar los retratos, por lo que sus compañeros solían gastarle bromas que él recibía siempre sin el menor enfado. Hemos visto unos cuantos que él sacó, lo mismo que algunas placas de su pueblo natal, muy presentables; verdad es que tuvo de maestro a

quien conocía bien este arte; a su contemporáneo y casi paisano, ya fallecido, el presbítero don Francisco Belaunzarán, hijo del vecino pueblo de Berástegui.

En sus primeros años de ministerio todavía cultivaba don Antonio estas aficiones; recuerda un Cura que estaba al frente de la Parroquia de Samaniego, cuando aquél regentaba la de Baroja, haber recibido, en una tarde del mes de mayo, la visita de dos sacerdotes y que uno de ellos –nuestro biografiado- llevaba en bandolera su máquina de fotografiar.

### De escalón en escalón

Retrocedamos un par de años, hasta alcanzar el 15 de marzo de 1907, cuando cursaba don Antonio, como ya lo hemos dicho poco hace, en calidad de alumno interno (desde este curso) el 3º. de Teología y casi tocaba los veintidós años de su edad. Para ese viernes, antes del Domingo de Pasión, estaba anunciada la recepción de la Prima Clerical Tonsura que, Dios mediante, iba a conferir el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Vitoria don José Cadena y Eleta. Entre los que se acercan al altar, uno es nuestro biografiado.

En su expediente hace constar el señor Cura de Elduayen, don Francisco Tellería, que aquél

«es de buena conducta religiosa y moral, que durante su estancia en ésta asistía a Misa Mayor y Vísperas, *me ayudaba en la Catequesis* y en las demás funciones de la parroquia, oía la Santa Misa aun los días de labor y confesaba y comulgaba con alguna frecuencia».

Al día siguiente, 16 de marzo, el mismo Prelado le confirió las cuatro Ordenes menores, Ahora, podrá ejercer, en la iglesia de su pueblo natal, las funciones de monaguillo, en virtud del Acolitado que oficialmente le da derecho a desempeñarlas. Y no serán aquellas para él lo que llamaba *mi pequeño oficio*.

A 8 de Noviembre de 1908, último año de su permanencia en el

Seminario, solicitaba don Antonio el Subdiaconado. El informe del señor Cura Ecónomo, el mencionado don Francisco Tellería, es de una sobriedad protocolaria; sólo afirma del joven clérigo su

«buena conducta religiosa y moral, sin que sepa ni haya oído nada en contrario».

Pero añade:

«además, dicho seminarista ha recibido con más frecuencia que quincenalmente los santos sacramentos de Confesión y Comunión».

Esta frase imprecisa, *con más frecuencia que quincenalmente*, del informe, que lo mismo que tres de las cuatro copias de partidas bautismales, otra mano redactara y que únicamente firmó el tantas veces citado Tellería, dio lugar a que, en el suyo, manifestara el Fiscal General Eclesiástico, lo que sigue:

«Opina que no habrá inconveniente en que se acceda a dicha pretensión (*la de ser admitido al subdiaconado*)... en el supuesto de que de los oportunos informes resulte que frecuenta semanalmente los santos sacramentos, a pesar de que en la certificación del Cura de Elduayen se hace constar que los ha recibido con más frecuencia que quincenalmente»

Sin duda los oportunos informes no faltaron, por cuanto que el Sábado de Témporas de Adviento, 19 de Diciembre, el señor Cadena y Eleta ordenaba a nuestro seminarista de Subdiácono, y el 5 de marzo de 1909, de Diácono, previo informe del señor Cura en el cual ya consigna que

«ha recibido semanalmente el Sacramento de la Penitencia y con más frecuencia la Santa Eucaristía»

Y lo firmaba, aunque extendido por mano ajena, un 2 de febrero, fecha la que habrían de estar ligados más tarde los grandes acontecimientos de la Alianza.

## Llegando a la meta

¿Qué efecto pudo causar en sus paisanos, los sencillos caseros de Elduayen, la aparición de don Antonio, vestido de sotana? No lo sabemos ni hay por qué lanzarse a suposiciones, que no serían, por otro lado tan aventuradas, a juzgar por lo que fue su vida en el sacerdocio.

A sus puertas se encontraba ya, como quien dice, con los ojos puestos en aquel 18 de diciembre, en que Mons. Cadena y Eleta habría de ungirle la cabeza y las manos con el óleo santo. Los meses correrían tan rápidamente como ahora y era menester ir preparándolo todo.

Cuando fue tiempo, desde la villa de Elduayen, donde permanecía en espera de las Órdenes, las solicitó como alumno de 6º. de Teología.

Con todo, la cuestión más espinosa que se le planteaba era la de su título de ordenación. Porque ni pensar en que sus padres, ni otra persona alguna (aunque lo intentó), pudieran ponerle el patrimonio, unos cuantos miles de pesetas, para su honesta sustentación.

Ya lo diría él en instancia dirigida al Reverendo Prelado:

«...careciendo de congrua sustentación, desea poderse ordenar a título de suficiencias»

Y prosigue:

«El recurrente es hijo de padres ancianos, de 76 el padre y la madre de 60 y meses, pobres e imposibilitados por lo tanto de formarle el patrimonio eclesiástico, y tanto es así, que el exponente debe su carrera a manos caritativas, por lo menos en gran parte; tiene además otros dos hermanos...».

Por medida de buen gobierno, la autoridad eclesiástica no podía considerar suficiente el testimonio del propio interesado, para concederle, sin más, la oportuna dispensa. Por eso, además de la certificación del Secretario del Ayuntamiento sobre la cuota contributiva del matrimonio, ciertamente mísera, como que sólo suponía dieciocho



pesetas con veinticinco céntimos al año, figura en el expediente la certificación del señor Cura de Elduayen, el cual afirma que el solicitante «ha vivido de la manutención que le han proporcionado sus padres y se haya en estado de pobreza para constituir el patrimonio eclesiástico, por carecer de bienes y dinero. Los padres del interesado, don Juan Bautista Amondarain y doña Teresa Garmendia, viven del trabajo de sus manos y carecen de bienes y dinero para constituir el patrimonio de su hijo».

Con todos estos datos a la vista, se decretó la admisión del Diácono don Antonio Amundarain al Sagrado Presbiterado, con la dispensa que se pedía, y el 18 de Diciembre de 1909, sábado de las Témperas de Adviento y Fiesta de la Expectación de Nuestra Señora, AQUEL MONAGUILLO DE ELDUAYEN, el escogido, el amado de Jesús desde su pequeño Sagrario parroquial, alcanzaba la meta de su vida, consagrándose total y generosamente a Él.

### **¿Por qué allí?**

Entre la numerosa e interesantísima correspondencia suya que conservamos, hay una carta del 20 de diciembre de 1953, que comienza con estas palabras:

*«Recibiré esta carta el día en que hace 43 años celebré a los pies de la Virgen de Aránzazu mi Primera Misa con la sencillez y majestad conventual franciscana.*

*Rece usted un Te Deum por lo infinito que debo a Dios ya Ella desde aquel solemne día que ocultaba tantas y tan grandes sorpresas para mí».*

Como entre Vitoria y Madrid el expreso sólo tarda una noche, la carta que don Antonio fechó en Madrid el 20, llegó a Vitoria el 21, fiesta de Santo Tomás Apóstol. Y ese día fue en el que nuestro neosacerdote celebró su Primera Misa en el Santuario de la Patrona de Guipúzcoa sin más asistencia de familiares que la de su tío Pedro Gabirondo. Todos los demás nada supieron de aquella su extraña determinación hasta después, porque don Antonio se fue directamente desde Vitoria a

Aránzazu. ¿Es que quiso emprender el camino de su apostolado desde el regazo de su Madre del Cielo? Ciertamente que sí. Se lo decía a su madre de la tierra en carta que para desagraviarle le escribió desde Aránzazu, manifestándole que había ido allí, porque tenía otra Madre que siempre le había ayudado tanto, por lo cual él le debía mucho; esta carta no consiguió el efecto apetecido, sino que le costó lágrimas a su madre que hubiese deseado hallarse presente a la primera Misa de su tan querido benjamín.

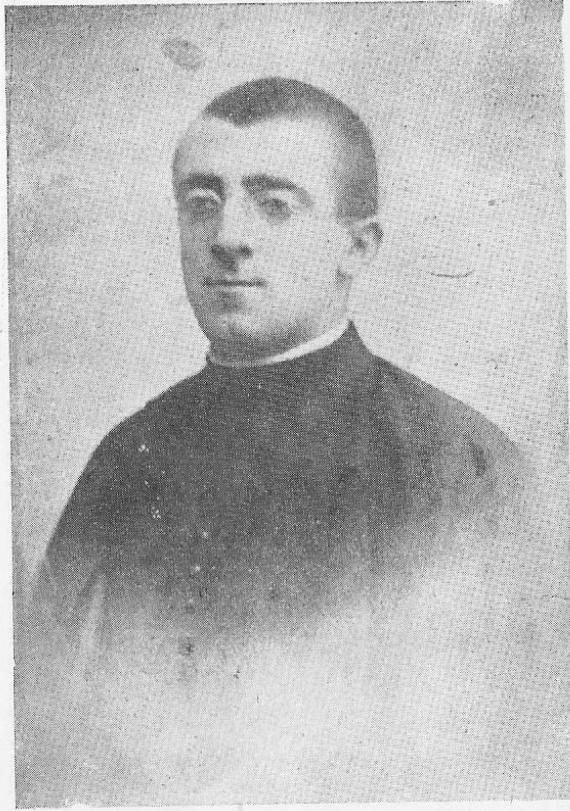
¿Tuvo alguna parte en esta su determinación la pobreza de sus padres, incapaz de dar frente a los considerables gastos que habrían de verse constreñidos a hacer, si la primera Misa se celebrara en Elduayen? Los que han asistido a esta clase de acontecimientos en lugares de reducido vecindario, saben sobradamente lo que pasa: que allí todos se creen con derecho a ser invitados a la Misa y a la mesa... Y don Antonio no podía menos de comprender tan embarazos a situación, de la que ya hemos visto cómo salió.

El hecho es que la fiesta se celebró en la intimidad, aunque al mismo tiempo con la majestad que el interesado califica de conventual franciscana; es decir, a nuestro entender, con una misa solemne que el coro de Aránzazu cantó..., como él sólo sabe hacerlo.

Por lo demás, poco tiempo disfrutaron del nuevo Presbítero los suyos. Mes y medio más tarde, el 7 de febrero de 1910, se recibía en Elduayen su nombramiento de Cura-Ecónomo de Baroja (Álava).



El matrimonio Amundarain - Garmendia  
con sus tres hijos  
Pedro (izquierda), Antonio (centro) y José María (derecha).



El nuevo sacerdote, don Antonio Amundarain,  
recién nombrado Cura Económico de Baroja

#### IV.- BAROJA (1910 a 1911)

##### **Su primer destino**

Cuando las tres provincias –Álava, Guipúzcoa y Vizcaya-formaban una sola diócesis, la de Vitoria, los sacerdotes recién salidos del Seminario, sea cualquiera la provincia a la que perteneciesen, iniciaban ordinariamente su ministerio sirviendo a alguna parroquia pequeña de Álava. Era como un noviciado eclesiástico, donde se entrenaban para empresas mayores.

Don Antonio Amundarain no había de constituir una excepción en la regla general. Y así, el 20 de febrero de 1910, llegaba ya a su nuevo destino.

Los que no conocen los cientos de pueblecitos que salpican los montes y los valles de la provincia de Álava, difícilmente aciertan a entender, cómo pueden llamarse pueblos y tener iglesia parroquial unos grupitos de casas tan insignificantes: Baroja, por ejemplo, no llegaría a reunir un centenar de almas y su aneja Zumento, de 15 a 20, lo que en otras regiones un cortijo o una granja.

Por otra parte, las comunicaciones entre la capital y esos pueblecitos (salvo los que estuvieran al pie de una estación de ferrocarril o próximos a ella) no podían ser más deficientes; el coche de caballos, donde le había y, donde no, un recorrido fatigoso, a pie o en macho, a menudo por caminos de herradura.

¿Cuándo y dónde aprendió a montar el Padre? Lo ignoramos. Pero que montó y que llevaba una manta negra para defenderse de los fríos, eso ya ha llegado a nosotros. Como también ha llegado que, en el primer viaje a su destino, debió de llevar consigo, además de su equipaje, los cinco muebles que conservó hasta el fin de su vida: una cama con su mesilla, un lavabo, un árbol-colgador y una silla -muebles

que adquirió en el comercio de los Hermanos Azpiazu, de Vitoria, por treinta pesetas- y que el acarreo. de todo ello no le costó exactamente más de diecinueve pesetas con veinticinco céntimos.

El 24 del mismo mes de febrero volvió a Vitoria don Antonio para adquirir algunas cosas que le eran indispensables; entre ellas, un aparato de luz alimentado con carburo.

Veamos lo que dice sobre la estancia de don Antonio en Baroja su antiguo monaguillo y actual Cura Arcipreste de Santa Cruz de Campezo; don Hipólito Sáez.

«Tomó posesión, entrada ya la Cuaresma, recibéndole de pensión los señores Simón López de Lacalle Rodríguez y su esposa Petra Angulo Ocio, vecino más próximo a la Iglesia».

No era mucho lo que pagaba de pupilaje; por lo que aparece en sus cuentas, que saldaba mensualmente, serían unos seis reales diarios. Perro... allá se iba con la nómina que en el mismo tiempo cobraba: 58'65 ptas., más las pocas que le daba una Capellanía, probablemente por la carga de la segunda Misa en Zumento, y las miserables que devengó en concepto de derechos parroquiales. Sólo a tres niños bautizó y enterró a dos ancianos, y percibió ¡dos pesetas por bautizo y seis por funeral y conducción!

### **La iglesia sin torre**

Mas sigamos la interesante narración del testigo presencial antes citado.

«Apenas llevaba de residencia unos días, cuando una noche, a eso de las dos de la madrugada, salta de la cama asustado (así como los vecinos del pueblo) porque se acaba de derruir la torre, rodando los pedruscos hasta la puerta de su casa. Hacía tiempo que amenazaba ruina y se prohibió subir al campanario. Recuerdo perfectamente cómo, a la luz de la luna en plenilunio, allá en la plaza comentaba don Antonio con los vecinos el desastre, y animaba a todos a poner

de su parte cuanto pudieran para reedificarla lo antes posible».

Y aquí viene una página de idilio que repetidamente se la oímos también referir con profunda emoción –¡no era para menos!– al mismo Padre:

«Al día siguiente, muy temprano, convoca al pueblo para trasladar el Santísimo a la Aneja de Zumento. Entramos en la Parroquia, pisando sobre la capa de polvo que se ha posado en el suelo, altares y mesas. Hasta el retablo mayor se ha removido y la puerta del Sagrario es difícil abrir. Ponémosnos en marcha procesional recitando preces y Rosario, cuando, habiendo andado apenas 200 metros, en la encrucijada del camino nos sale al encuentro el anciano de 66 años, señor Saturnino Martínez de Durana, que, postrado de rodillas, con los ojos humedecidos por las lágrimas, exclama: «*Ya nos llevan al Señor; ¿cuándo nos lo volverán?*»

»En Zumento, el Sagrario está, por no usarlo, en mal estado; la cerradura desclavada. Es don Antonio quien hace de carpintero y, a su modo, la repara y deja expedito el tabernáculo para guardar al Señor. Allá hemos de acudir para oír misa los domingos. Se instala en casa de Juan Abajo, y la mujer, Sebastiana Valendia, hace de segunda patrona de don Antonio. Muchas idas y venidas habrá de hacer don Antonio el año que convivió con nosotros. Se propuso levantar la torre y lo consiguió en poco menos de un año. Los vecino cooperaron con su prestación personal».

Lo de las *idas y venidas*, que dice el testigo de referencia, justifica los frecuentes viajes a Vitoria que realizó don Antonio. La mayor parte de ellas a cuenta de las obras de la torre, sin duda; aunque las cuentas se las cargase él a su bolsillo, como aparece en la relación de sus gastos. A Vitoria fue los días 21 de abril, 9 de junio, 2 de agosto, 29 de octubre, 25 de noviembre y 22 y 26 de diciembre.

## En contacto con sus feligreses

Los niños fueron sus predilectos. Con ellos se pasaba sus horas mejores. Como no le faltaba sentido musical los reunía después del Rosario –sin excluir a los mayores que quisieran juntárseles- y ensayaba con ellos motetes, canciones a la Virgen y hasta la Misa *De Angelis*.

«Asimismo nos instruía en el Catecismo, reuniéndonos en la sacristía, por la tarde los domingos y por la noche en Cuaresma, ¡ Qué emoción el día de la primera confesión y comunión, , aquel 6 de enero de 1911! Todavía estaban los andamios en el coro, porque no se había terminado la: bóveda. Pide sobrecamas a todas las señoras, y vémosle subido por los andamios, clavándolas él mismo. Por la tarde del 5 de enero nos reúne a los tres niños y cuatro niñas para darnos las últimas instrucciones de la confesión que 'íbamos a hacer. Teníamos un poco miedo confesar; pero ¡qué bueno era!... ¡Con qué cariño nos acogía!... ¡Qué alentados nos sentíamos para no pecar más! ¿Y el día de la Comunión primera? Se desbordó en su plática de fervorines. Nos obsequió con caramelos y galletas en el chocolate que él mismo nos sirvió.

»También tenía energía para enfrentarse con los enemigos de la Religión. Por entonces se organizó una manifestación de protesta contra la inicua y sectaria Ley del Candado (?), y se volcó toda la comarca sobre Laguardia, yendo al frente los respectivos Párrocos. Don Antonio acudió con el vecindario; la tarde anterior le veíamos preparar la merienda para todos, sacrificando un carnero y rellenando las botas de vino».

Tal vez fue en esta ocasión, cuando dos o tres párrocos jóvenes (entre ellos el de Baroja) fueron denunciados por un caciquillo, como perturbadores del orden público, y llevados por la Guardia Civil a la cárcel del Partido, en Laguardia, donde permanecieron unas cuantas horas, aunque tratados con toda clase de consideraciones; y a punto



estuvo de estallar en aquella Villa una revuelta por esta causa.

«Convivía con el pueblo, se interesaba por sus problemas, y se captó la simpatía de todos. Hasta hacía de fotógrafo. ¡Cuántas fotos sacó de la torre derruida y reconstruida! Parece le veo cubrirse la cabeza con una esclavina negra y enfocar la cámara desde la puerta de la huerta de Simón. También recuerdo las meriendas que organizaba con los niños; los sopapos que nos daba a los revoltosos, etc., etc.»

«Pero... una tarde de un domingo de Cuaresma, después de habernos tomado el Catecismo en la puerta del cuerpo de la iglesia, nos comunica una noticia triste: *Tengo que separarme de vosotros. He sido nombrado Capellán del Hospital de Zumárraga. Pero no quedáis sin Párroco. Ha sido nombrado mi sucesor don Martín Irizar.* Bien sé cómo llorábamos niños y mayores. Nos dio las gracias por haberle ayudado en los trabajos parroquiales y a los hombres les exhortó a que siguieran siendo fieles a la Parroquia».

Yo no sé lo que pasa: pero es lo cierto que al primer destino se le toma un cariño especial. Así nos ha sucedido a todos. No era infrecuente el caso de los que, siendo guipuzcoanos o vizcaínos y habiendo sido trasladados a su provincia de origen, aprovechaban la ida a Vitoria con objeto de practicar sus Ejercicios Espirituales, para visitar a sus antiguos feligreses en algún pueblecito de Álava. «Varias veces visitó don Antonio su primera Parroquia de Baroja. Y una de ellas aprovechó para dirigir una semana de Misión, refrescando ideas de su primer año de Párroco». Así terminan los preciosos datos que nos ha facilitado el antiguo monaguillo del Padre. Nosotros, completándolos con los que nos suministran sus cuadernos de cuentas, añadiremos que una de sus visitas, tal vez la primera que hizo, a Baroja, después de su traslado a Guipúzcoa, tuvo lugar el 24 de agosto de 1916; otra, el 26 de agosto de 1927, y aún hubo alguna más, aunque no podamos precisar la fecha.

### **Camino de Guipúzcoa**

«A doscientos pasos de la población (Zumárraga), un viejo caserón, grande y desvencijado, recogía media docena de asilados del pueblo y cuantos mendigos y transeúntes caían de paso por aquellas carreteras para quienes los destartalados sótanos de la vieja casa eran un perfecto confort»

«A su servicio estaban un par de mujeres piadosas que no contaban más que con su buena voluntad».

«Vivía a la sazón en su casa solariega un venerable hijo de la villa, don Silverio Carmendia Munduate, con su esposa doña Luisa Elósegui, quien por muchos años había ejercido su carrera de médico titular en Segura' (Guipúzcoa), y, cargado de méritos y de años, se había retirado a su venerada casa natal, en uno de cuyos pisos vivía una hermana suya, doña Carmen Garmendia.

»Por su condición de médico, por un lado, y por su condición de perfecto cristiano, por otro, no podía tolerar el lamentable estado de abandono en que tanto los asilados fijos como los refugiados transeúntes, se alojaban; y vivían en aquel mal llamado Hospital».

»Contando con su modesto patrimonio y los pocos ahorros que poseía, con un legado considerable que su cuñado, don Juan José .Aguirre, había fijado en su testamento a favor de aquel Asilo, y aportaciones de su hermana Carmen y su propia esposa, logró formar un modesto capital, parte del cual se invirtió en las indispensables reparaciones de la Casa y construcción de una Capilla, adosada a ella y a fe, buen provecho hizo lo que en aquellas obras se invirtió.

»Con lo restante y la cooperación de la Beneficencia y almas piadosas, logró poner al frente de aquel Asilo-Hospital una pequeña

Comunidad de Hermanas Mercedarias cuya entrada y la bendición de la Casa y de la Capilla tuvo lugar el 31 de enero de 1910.

»El viejo caserón se había: transformado material y espiritualmente en un dulce y acogedor Asilo cristiano de pobres, refugio aseado de los abandonados sin hogar, que pasaban pidiendo albergue».

Así relata los orígenes de esta fundación la pluma del mismo a quien la muestra dedica el presente opúsculo.

Por lo que acabamos de transcribir, la entrada de las religiosas en el Hospital-Asilo de Zumárraga tuvo lugar días antes de ser nombrado don Antonio, Cura Ecónomo de Baroja. Pues al año, poco más o menos, un nuevo nombramiento (como se ha dicho) le trasladaba a su provincia de Guipúzcoa, donde habría de desarrollarse en adelante toda su vida ministerial: el de Capellán de las RR. Mercedarias de la Casa-Hospital de Zumárraga, que firmaba el Excmo. señor don José Cadena y Eleta el 1 de febrero de 1911. Desempeñó este encargo por espacio de seis años.

Durante el tiempo transcurrido entre ambas fechas, las Religiosas se arreglaron como pudieron, probablemente acudiendo unas veces a la Parroquia para oír Misa y sirviéndose otras de ellas para la atención espiritual de los asilados y transeúntes. Hasta que, convencidas ellas y sus protectores de que una situación tan anómala no se podía prolongar indefinidamente y sabedores de que en un rincón de Álava había un sacerdote muy a propósito para el caso, acudieron a Vitoria y obtuvieron, a favor de éste el nombramiento de Capellán para las Religiosas y, a la vez, para el Hospital-Asilo.

Y ya tenemos al ex-Cura de Baroja en Zumárraga, la Villa que había de ser para él su segunda patria chica. Capellán y Coadjutor, Párroco y Adscrito: unos diez y seis años en dos etapas, no eran un grano de anís como para que don Antonio no se dejase allí un pedazo del corazón.

## En el Hospital-Asilo

Por de pronto, los afanes de don Antonio se consagraron de lleno a las Religiosas Mercedarias del Asilo, cuyo Capellán era, sin desatender por eso las almas de los pobres o abandonados que allí .encontraban calor y cobijo.

En unas notas que se nos han facilitado, escritas por una Religiosa Mercedaria, se lee lo siguiente:

«Las que le conocieron desde el primer contacto que tuvo con nuestro Instituto, al ser nombrado Capellán del Asilo de Zumárraga, pudieron ver en él, ya entonces, al santo sacerdote que fue desde un principio y ha sido siempre. Él, por su parte, nos dijo muchas veces que resultó cierto lo que pronosticó el Coadjutor del pueblecito a que fue destinado después de su primera Misa, al recibir la orden de trasladarse a la Capellanía de Zumárraga: *Que se alegraba mucho de que hubiese sido nombrado Capellán de Monjas, ya que esto le serviría para hacerse muy piadoso.* Y el resultado fue... que las dos partes quedaron mutuamente edificadas: él de la Comunidad... y la Comunidad de su joven Capellán, de su celo y de su fervor, demostrados en toda ocasión. Él les daba los días de Retiro, Ejercicios Espirituales, pláticas muy frecuentes, y, a pesar de su juventud, era también su experto Director espiritual»

Entendemos lo que ha querido expresar la autora de estas notas al calificar de experto al joven Capellán; que su dirección era tal que no se la hubiera dado mejor a las Religiosas un sacerdote experto en el difícil ministerio de guiar las almas por la senda de la perfección.

## Vida ministerial

Nadie que haya conocido-un poco a don Antonio Amundarain se lo puede imaginar encerrado en el Hospital-Asilo de Zumárraga, ciñéndose únicamente al cumplimiento de las obligaciones que su cargo de Capellán le imponían. Al contrario, se lo figura, como siempre se le ha visto, trabajador, dinámico, incansable, ayudando cuanto podía a sus compañeros los sacerdotes de la Parroquia, con todo lo que daban de sí su juventud y su celo apostólico.

De ahí que le supongamos -porque nos faltan datos para poderlo afirmar- asiduo a las funciones parroquiales, particularmente a Misa Mayor y Vísperas; sentado indefectiblemente en el Tribunal de la Penitencia largas horas; pronto a suplir a cualquiera en el rezo del Santo Rosario, en la asistencia a los enfermos, etc., etc.

¿Lo pediría, tal vez por eso, de Coadjutor de plantilla el Párroco de entonces, don Enrique Lasa, cuando vacó el puesto de don Mateo Murua, hijo de Zumárraga y fallecido inopinadamente al poco tiempo de haberlo ocupado? Es creíble que así fuese: que ello se debiera a haber conocido aquél el celo infatigable del joven Capellán del Asilo.

Porque, ya para entonces, don Antonio se había acreditado, como orador sagrado, en una porción de púlpitos de Guipúzcoa.

Sigamos aquí el rastro que nos dejó en el correspondiente cuaderno de sus cuentas. El 21 de diciembre de 1911, primer año de su estancia en Zumárraga, recibió veinticinco pesetas de estipendio por sus sermones de la Purísima (probablemente, uno por la mañana y otro por la tarde, en el día de la fiesta); sermones que, al no especificar el sitio, se entiende que los predicó en aquella Villa. El 6 de abril de 1912 predicó varios sermones en Lezo, y uno

en Tolosa el 16 de septiembre del mismo año.

Desde 1913, aumenta la lista de poblaciones en que anuncia la palabra de Dios: Motrico (12 enero), Lezo (22 marzo), Villafranca (18 abril), Amézqueta (24 agosto}, Villarreal (26 septiembre y 27 noviembre); no incluimos en esta relación las veces que lo hizo en el mismo Zumárraga. Por cierto, que hay un sermón predicado a las Hijas de María, cuyo estipendio de cinco pesetas tiene todas las trazas de haber aceptado él sólo las cinco por decir que recibía alguna limosna.

Aún es más fecundo el año 1914. Vuelve a Motrico por la misma época que el pasado: 19 de enero; le encargan un Novenario en Hernani (6 abril), la Semana Santa en el mismo Zumárraga y los sermones de la Purísima en Legazpia. Pero, además, predica en Villarreal (19 marzo), Villafranca (3 mayo y 21 junio), Alegría de Oria (21 junio), ELDUAYEN (8 septiembre y Motrico (25 noviembre).

No queremos cansar a nuestros lectores con listas de sermones que se van repitiendo, aunque cada año figuren en ellas nuevos pueblos y villas: Vergara, Elgueta, Placencia, Orio. Los que invariablemente aparecen todos los años, por el mes de enero, son los sermones de Motrico, sermones con realidades de misión para la clase pescadora, a la cual agradaba sin duda la oratoria del joven predicador cuando no le empachaba el oírle tan reiteradamente.

Por algo afirmaba su antiguo patrón de Vitoria, a quien más arriba hemos mencionado, que muchas veces le habían dicho de don Antonio: *En vascuence no hay ningún predicador que le iguale.*

Esto, por lo que a sus sermones se refiere. Que tampoco fue nuestro Capellán ajeno a otras actividades, lo prueban las obritas de teatro, con fines apostólicos, que compuso por los años de 1912 a 1914. Tales son las que bautizó con el nombre de *Compuesto cómico-lírico-dramático, en dos actos, titulado «la mártir del diablo»*, en la que se ridiculiza la moda, y las escritas en un vascuence ágil, castizo,

gracioso a veces y siempre inteligible: *Bertan gosbo* (Aquí está el bienestar), premiada en las fiestas euskeras de Tolosa, *Larrosarteko arantzán* (Rosa entre espinas), *Gero arte* (Hasta luego) y *Uste diñat* (¡Ya lo creo!).

## Contra viento y marea

En la obra titulada: *Vida, espíritu y hechos de la Congregación Religiosa Hermanas Mercedarias de la Caridad*, escrita por don Antonio en los últimos años de su vida y poco antes citada, hay un capítulo de sumo interés que, por su extensión, no podemos trasladar íntegro a estas páginas, pero que tampoco podemos pasar por alto. Es el que se refiere a la fundación de la Casa Noviciado de aquella, en la que tanta parte tuvo él.

Andaba su Madre General, Sor Florencia Sáenz, preocupada con este problema tan grave para la Congregación; no podía ser que, habiendo tantas Casas de la misma en el Norte, cada vez más, tuvieran que desplazarse tan a menudo, de extremo a extremo de la Península, hasta Granada, las recién ingresadas en dicha Congregación. Urgía darle solución, y Zumárraga parecía agraderarle.

«Sr. Capellán -dícele un día al que lo era entonces del Hospital- en estos terrenos, junto a este Asilo, nuestra Santísima Madre quiere para nosotras un gran Noviciado...

«-¡Ah! ¡Si nuestra Santísima Madre lo quiere, es cosa hecha!

«... Nuestra Santísima Madre busca la colaboración de almas generosas que sean instrumento humano dócil en sus manos para la realización de la Obra.

»Dos sacerdotes de la localidad, la Superiora del Asilo y la bienhechora del mismo, doña Luisa Elósegui, viuda de su fundador don Silverio Garmendia, son las únicas personas que están en el secreto y a quienes toca resolver este proyecto.

»Antes del año la resolución se había tomado: Hágase la obra, que ya hay dinero para costearla, dice la señora, después de hacer sus cuentas. Con la fe en su palabra, los dos sacerdotes se toman toda la responsabilidad de la gran empresa».

Sucedía esto por el año 1912; pero hasta la festividad de San José, en 1915, no pudo inaugurarse el edificio. Los actos religiosos fueron de lo más solemne; por no faltar nada, ni siquiera faltó una bendición especialísima, un mensaje paternal de Su Santidad el Papa Benedicto XV. Mas, mientras llegó ese día, a lo largo de los tres años que duraron las gestiones y las obras, ¡qué amargos sinsabores y cuántos quebraderos de cabeza no hubieron de pasar los dos sacerdotes, que el autor de la mencionada historia no se descuida a nombrar.

Por lo demás, en las páginas de ese volumen se puede leer por menudo todo lo mucho que ambos tuvieron que superar; la prohibición. de proseguir las obras por pretendidas razones de salubridad pública, la revocación del poder notarial otorgado para disponer de las cantidades necesarias en favor del edificio que se construía, con la retirada de toda ayuda y el gravamen de una enorme deuda , amén de los rumores de las gentes, de las especies calumniosas que circulaban en el arroyo, de los insultos y ofensas que llovían sobre aquéllos y que les hicieron «besar el polvo de la más vergonzosa humillación», la intimación hecha por el Ayuntamiento de la Villa a la Comunidad, de tener que levantar un Lazareto para infecciosos, a lo que se condicionaba la autorización para abrir la Casa Noviciado...



## Su labor con las novicias

La apertura de la Casa Noviciado de las Mercedarias en Zumárraga vino a ensanchar el campo de su celo. En unas notas, de las que hemos copiado ya alguna, leemos estas dos que se refieren a las novicias.

«Todos los jueves les hacía la Hora Santa».

¡Aquellas Horas Santas inolvidables que nos hacían arder en aquel mismo amor que desbordaba de su corazón! Pláticas *de fuego*, por lo menos dos veces en semana. El Noviciado bajo este fuerte impulso de don Antonio, se elevó a un grado de fervor verdaderamente notable.

»Para la música tuvo siempre gran afición y extraordinario gusto. En los primeros tiempos del Noviciado de Zumárraga, reunía con gran frecuencia a las Novicias para enseñarles cantos, de muchos .de los cuales era él autor».

Hemos repasado sus cuentas correspondientes a los años que residió en Zumárraga; en ellas hay una porción de asientos donde consigna los estipendios de misas celebradas y de sermones predicados. predicados. Lo que no encontramos por ninguna parte es la limosna que percibía por todas sus Horas Santas y pláticas tan frecuentes, que dirigió a las Religiosas Mercedarias... Sólo un 13 de agosto de 1917 figura una gratificación de *cien* pesetas, con la palabra *Noviciado*, y otra de la reverenda Madre General, de 135 ptas., el 9 de junio de 1918. ¡Se hubiera sublevado todo el celo ardiente de don Antonio, si la Religiosas hubieran querido retribuirle por sus trabajos espirituales en el Noviciado!

Más tarde, cuando ya tenía destino en San Sebastián, tropezamos con partidas como éstas: *Año* 1927, viajes a Zumárraga, enero 9, marzo 28, julio 11, y luego seguidos, de septiembre a diciembre todos los meses. *Año* 1929, vuelven a menudear los viajes mensuales al mismo punto: otros cinco de enero a julio. Y como nuestro biografiado

no gastaba su dinero en viajes para visitar amigos o buscar una expansión honesta, lógico es pensar que, desde San Sebastián, seguía atendiendo. en la forma mejor que podía, a la formación espiritual de sus queridas Mercedarias.

### **Pasa a ser coadjutor**

Así era don Antonio Amundarain. Y así trabaja en sus ministerios, cuando a los seis años de haber llegado a esta Villa como Capellán de Religiosas, recibió de sus Superiores eclesiásticos el nombramiento de Coadjutor para el mismo Zumárraga, con - fecha 31 de marzo de 1917 y firma del Administrador Apostólico de la Diócesis de Vitoria, Excmo. Sr. D. Prudencio Melo y Alcalde que había dejado de ser Obispo de ella por su promoción a la Sede de Madrid-Alcalá. Frisaba, por lo tanto nuevo Coadjutor' en los 32 años de edad, y sólo veintiséis meses habría de ocupar ese cargo; los suficientes para que el Clero y pueblo de Zumárraga sintiesen hondamente su ausencia.

En este tiempo debió de encargarle su Párroco la dirección de las Hijas de María. Y a fe que lo supo llevar con un espíritu de disciplina a que ni ellas ni nosotros estamos acostumbrados. Léase, si no, lo que refiere una de ellas, hoy Religiosa:

«Mi hermana y yo pertenecemos a la Congregación, cuando don Antonio la dirigía, aunque a mí me expulsó de ella a la segunda falta de asistencia que cometí. Entonces le tenía por muy duro conmigo, pero ahora reconozco que aquella dureza era rectitud».

Y añade: «Toda la familia nos confesábamos con él; a mí, en particular, me hacía duro y, cuando mi madre me regañaba, yo le decía: ¡Vaya! ¡Ya ha estado usted con don Antonio!, pues yo ya no vuelvo más donde él... Pero ¡ya lo creo que volvía! El fue el primero que se nos presentó en casa a consolarnos y a acompañarnos cuando un hermano mío se trastornó de la cabeza. Fue para mi casa como un padre...».

¡Cuántas personas afirmarían lo mismo, si nos hubiéramos dedicado, con más paciencia, a recoger anécdotas edificantes entre los que le conocieron en Zumárraga!

Mas otra ocasión hubo, de tristísimos recuerdos, porque llenó de lágrimas y de luto mucho hogares.

### **Desafiando a la gripe**

Aquel año 1918, en que la terrible epidemia de la gripe tantas víctimas causó, también fue fatal para Zumárraga. El azote descargó sobre la villa y sobre los caseríos pertenecientes a ella, y llegó un momento en que sólo un sacerdote quedaba en pié: el Coadjutor don Antonio Amundarain. Hasta el Capellán del Noviciado de las Hermanas Mercedarias, don Andrés Olaechea, cayó en cama, y don Antonio tuvo que hacerse cargo de todos los servicios ministeriales.

Contra todos los consejos que la prudencia de los hombres le prodigaba bajo el inofensivo disfraz de que *debía de reservarse*, se pasaba los días y las noches corriendo de casa en casa y de caserío en caserío para visitar a los muchos enfermos que la plaga iba sembrando a su paso. Sobre todo, las subidas y bajadas por un terreno tan accidentado, cubierto de nieve y peligrosamente resbaladizo por una gruesa capa de hielo, tenían que poner a prueba su vigorosa resistencia. Mas, ¿cómo podía él cruzarse de brazos, cuando le constaba que sola su presencia servía ya para levantar el ánimo de aquellas pobres gentes aterrorizadas y sin asistencia alguna, como no fuera la del médico que llegaba hasta allí de tarde en tarde y únicamente para extender alguna receta, porque el tiempo no daba para otra cosa?

A todo esto, el mal tomaba cada vez mayores proporciones, y don Antonio, por más que parecía multiplicarse, no daba abasto. No era tan fácil que lo diese, porque se recuerda que hubo casa donde, al salir necesariamente la hija con objeto de buscar alimento o medicina, o ambas cosas, para sus padres enfermos, se quedó don Antonio desempeñando los oficios domésticos hasta que

aquella, hoy Religiosa Mercedaria, regresó. Entonces se decidió él a pedir al Ayuntamiento un caballo, que le fue concedido. Y continuó trepando montes y llevando a todas partes el bálsamo de su consuelo sacerdotal, sin que providencialmente la gripe se atreviera con él.

¡En menos de dos páginas hemos encerrado lo que a los ojos de Dios, y un poquito también a los de los hombres, hubo de encerrar tantos heroísmos!

## Otros capítulos

No será mucho lo que podremos añadir a su breve carrera de Coadjutor.

Algunos sermones fuera de Zumárraga, como la tradicional Novena de Motrico, dos en Alegría de Oria en distintas fechas, uno en Orio y otro en La Antigua, el Santuario local de María.

Una romería a pie, el 12 de septiembre, camino de Aránzazu, sin que sepamos a qué se debió el haberla realizado de esta suerte.

Un viaje a Barcelona, el 17 del mismo mes, con ocasión del I Congreso Mariano-Monfortiano que se celebró en el mundo. y al cual concurrieron, juntamente con esclarecidos religiosos de diversos Institutos, representantes de la Unión Apostólica Nacional con su Asistente General a la cabeza, doctor don Asunción Gurruchaga.

Esto último no quiere decir que don Antonio anduviese bien de cuartos desde su ascenso a Coadjutor. Un tanto mejorado de nómina, algunos ingresos más en responsos, ofrendas de pan o de trigo, según se echa de ver por el correspondiente cuaderno de cuentas; pero como contrapartida, ahí figuran, en julio y en noviembre, dos plazos de cuarenta pesetas cada uno, que abonó por la adquisición de un impermeable. Y lo mismo hará más adelante con otras prendas de vestir porque pagarlas de una sola vez no soportaba su mezquino presupuesto. .

Además, el coro de cantores de la Parroquia había encontrado en don Antonio un Director incansable y de depurado gusto artístico. Su confesonario seguía atrayendo almas y más almas que buscaban en él un guía experto. Sus compañeros no tenían por qué pasar agobios mientras contasen con tan excelente ayuda...

Cuando el Señor dispuso las cosas como nadie, y menos él, lo hubiera esperado.

## VI.- SAN SEBASTIÁN (1919-1929)

### Un nuevo traslado

No debía de ser tan desfavorable el concepto que don Antonio Amundarain se merecía ante sus superiores jerárquicos, cuando éstos pusieron los ojos en él para un nuevo destino en la parroquia matriz de Santa María, de San Sebastián. Vacante en ella una Coadjutoría por renuncia de don Ignacio Mújica, hacía falta un joven de arrestos para ocuparla.

Y ese joven de 34 años, pletórico de vida, al menos, en el espíritu, fue nuestro biografiado. Llegó cuando enfermo el uno y en condiciones de rendimiento harto limitadas los otros tres coadjutores - pero todos cuatro, buenísimos- la vida parroquial, aunque no languideciera, estaba lejos de florecer. Su nombramiento lleva la fecha de 2 de junio de 1919 y la firma del Excelentísimo señor don Leopoldo Eijo y Garay.

Por de pronto, el buen Cura que la regía, encaminó la actividades del recién llegado a la Catequesis. De ella nos dice don Antonio en su folleto-biografía: **Quiero** (pág. 10), lo que sigue:

«El celoso Párroco de aquella iglesia, don Agustín Embil, con la cooperación de su Cabildo y sacerdotes colaboradores, dirigía por entonces (el año 1921) con gran éxito y fruto el catecismo parroquial, al frente del cual trabajaban de 40 a 50 señoritas catequistas, siendo por entonces verdadero modelo de obras parroquiales la Catequesis de Santa María».

Así, en el anonimato del «Cabildo y sacerdotes colaboradores», se escondía el que –sin quitar nada a los demás--era el alma de aquella obra modelo, particularmente en su sección de niñas.

Desde luego, la obra descansaba en una base excelente: las *Escuelas Elizarán*, de carácter parroquia], regentadas por las Hijas de la

Caridad. Mas sobre esa base había que levantar el edificio de la Catequesis, y a ello se aplicó arduosamente don Antonio. Puede asegurarse que sus mejores esfuerzos los gastó en esa labor sin regatear ninguna clase de sacrificios.

Su grupo de catequistas fue algo notable. El mismo las reclutó, al menos en su mayor parte, de entre las almas jóvenes que por gracia de Dios nunca suelen faltar en las feligresías, o de entre las que iban cayendo en su confesonario para someterse a su acertada dirección. Lo cual no quiere decir que no aprovechara otras coyunturas para *cazar* alguna instructora.

De boca de una de ellas hemos recogido el siguiente-relato:

«Tenía don Antonio la costumbre de dirigir una cartita a cada uno de los padres que tuviese algún hijo o hija de 6 a 7 años, recordándoles la grave obligación que sobre ellos pesaba, de proveer a la Primera Comunión de sus hijos e invitándoles a que los enviasen a la Parroquia para su preparación conveniente.

»Como mi sobrina estaba en esa edad, llegó a mi casa la consabida carta de don Antonio, y hube de ir yo con la niña a presentársela. Su respuesta fue que no la admitiría, mientras su tía no accediese a ir de instructora a la Catequesis. Lo acepté, a pesar de mis estudios en la Normal donde cursaba el 2º año de Magisterio, y desde entonces he seguido de catequista hasta ahora».

## Cómo actuaba

Para él la Catequesis duraba todo el año. Todo, porque creía-y no sin sobrada razón- que se daban las vacaciones precisamente cuando más podía interesar retener a los niños los domingos de verano, en los cuales la juventud de San Sebastián se vuelca sobre los montes y merenderos de los alrededores de la ciudad, ávida de aire y de diversión.

Como tal vez no hubiera respondido el grupo de las Catequistas, continuaba él incansable en su tarea con las voluntarias que le quisieran secundar. La Catequesis invariablemente se abría de tres y media a cuatro y media de la tarde todos los domingos: él llevaba personalmente y con todo detalle las listas. Para fomentar la puntualidad de los pequeños, ideó un vale de entrada que aún subsiste. Comenzaba con las instructoras y las alumnas que se presentasen; él se las componía para que no se apagase el fuego sagrado, ni en las unas ni en las otras.

Así, por ejemplo, los Carnavales (hoy felizmente suprimidos, al menos los bullangueros de la calle) resultaban al mismo tiempo inocentes y atractivos por las veladas que solía organizar. Ya un mes antes, las preparaba cuidadosamente con ensayos nocturnos de obras a menudo compuestas por él, en vascuence o en castellano letra y música; y, cuando llegaban aquéllos, las ponía en escena, a las tres y media de la tarde, para la gente menuda, y a las siete de la noche para las personas mayores. El producto de las entradas pasaba íntegro a los fondos de la catequesis para premios, excursiones, etc.

Porque no faltaba en la Catequesis de Santa. María el estímulo de la recompensa para las niñas más aprovechadas. En el Boletín de las Marías de Guipúzcoa, MI SAGRARIO (diciembre de 1920), hemos leído que unas 20 instructoras y 30 niñas de dicha Catequesis, fueron de excursión a Zumárraga en el tren correo Irún-Madrid; que el vecindario les recibió con cohetes; que cantaron solemne Misa Mayor en el Santuario de Santa Isabel (Ermita de Nuestra Señora de la Antigua); que después comieron en el campo y regresaron al anochecer en el tren correo descendente, cantando himnos piadosos.



## Su interés por la Catequesis

Era verdaderamente extraordinario. De ello dan testimonio los hechos que vamos a referir.

El 2 de septiembre de 1920 se celebró una reunión de Marías en la Sacristía de la Parroquia de Santa María. La presiden el señor Párroco y el coadjutor don Antonio Amundarain. Y, entre otros' acuerdos que se toman, figuran los siguientes: .

« ... 2º) Que trabajarían todas por aumentar la asistencia de niños y niñas al Catecismo Parroquial, y para ello se designaron parejas por calles para velar por su cumplimiento;

»3º.) Que las Marías acudirían a preparar a los niños para la Confesión, en la víspera de los Primeros Viernes, por la tarde, en la Parroquia». (De MI SAGRARIO).

¿No se adivina aquí, aunque este Boletín no nos lo descubra, la intervención de don Antonio en estos acuerdos?

Pues, si tanto le preocupaba la asistencia de alumnos a la Catequesis, mucho más habría de preocuparle la de sus instructoras.

«La mayor lucha de entonces con las Catequistas -dicen unas notas- era su asistencia al fútbol, dejando de atender a su grupo; la asistencia al Kursaal, Casino de moda entonces, y la modestia en el vestir. No entraba a la clase ni Catequista ni niñas si iban con manga corta. Con estos motivos nos dirigió algunas carta - magníficas, pero que armaban verdadero revuelo en las Catequistas. Lo decía siempre: Para enseñar, pocas, pero seguras; de las otras no prescindía para veladas, cantos, etc.».

Fuera de esto, se dedicaba de lleno a su formación. Nada omitía para lograrlo: Días de Retiro, Horas Santas, Ejercicios Espirituales... Se los dio varias veces, «en la Capilla de Elizarán, con dos meditaciones por la mañana, a las seis y media para las

cigarreras, a las cuales nos uníamos las entonces normalistas y personas ocupadas; a las ocho, para las menos madrugadoras. Por la noche, acto general».

Acabamos de mencionar sus Horas Santas. Aunque tal vez nos hayamos de repetir, digamos aquí, en términos generales, que este devoto ejercicio constituyó una de sus especialidades más acusadas; que hubieron de ser muchísimas las que dio en toda su existencia, y que aún recuerdan las Catequistas de entonces- ¡a los treinta y tantos años de habérsela oído!- la Hora Santa, emocionante como ninguna, ante el Sagrario vacío del altar-comulgatorio, cuando provisionalmente se trasladó el Señor al Altar mayor mientras duraran los arreglos de dicho Sagrario para dotarlo de una puerta más artística.

Esto nos trae a la pluma otro piadoso ardid que empleaba para enfervorizar a sus Catequistas. Se colocaba, después de despedido el Señor, en el Altar mayor con una bolsa; ellas iban pasando, y cada cual extraía de aquélla una papeleta, en la cual se le señalaba su tiempo de unirse con el Señor por medio de jaculatorias, mientras trabajaba. Así no había momento en que no estuviese alguna haciéndole espiritual compañía.

Nada extraño tiene que sacase a sus instructoras tan eucarísticas, no menos que a las niñas -de las Escuelas Elizarán- sus catecúmenas- que, al salir de" clase, corrían como palomas en bandada a la - iglesia parroquial y rodeaban a Jesús, posándose en la barandilla del comulgatorio. Como que, mientras don Antonio continuó de Coadjutor en Santa María, y aun mucho tiempo después, pocas veces dejaría El de estar acompañado por alguna o algunas almas, a menudo niñas o muchachas, que no acertaban a despegarse de la ya histórica barandilla.

¡No estaban solas! ¡A pocos pasos de ella había un confesonario, y en él, ora atendiendo a las almas, ora rezando o -leyendo libros piadosos,-cuando no hincado de rodillas delante del mismo, en actitud de profundo recogimiento, casi nunca faltaba el sacerdote enamorado

de la Eucaristía, que incesantemente atizaba en los corazones fuegos divinos que los abrasasen por Jesús.

A millares pudiéramos amontonar aquí los testimonios, porque millares fueron las almas que desfilaron por la rejilla de su confesonario. Como la instructora de su catequesis, que nos decía: «Don Antonio nos hacía trabajar, siempre nos tenía en danza; pero ¡cómo compensaban los ratos que nos dedicaba en el confesonario hablándonos del ideal, entusiasmándonos con Jesús! Después, ya nos podía pedir lo que quisiera, que se lo dábamos sin regatear...».

### **De guardia en su garita**

Como centinela avanzado, así permanecía horas y horas en su confesonario, siempre en vela por las almas. Desde muy temprano se le encontraba ya, y allí permanecía hasta las nueve o nueve y media, para volver a media tarde y estarse en él hasta que cerrasen la iglesia.

Cuenta el patrón de sus tiempos de seminarista en Vitoria, que, en un viaje que hizo a San Sebastián, al preguntar por don Antonio, le contestaron: «En el confesonario estará». Y, en efecto, allí se lo encontró.

Era habitual en él sentarse en su confesonario aun los domingos por la tarde, lo mismo para las personas que no podían cogerlo otros días a causa de sus ocupaciones, que para aquellas otras que se acercaban, diciéndole: «Padre, hábleme de Jesús». Y el Padre accedía gustosísimo a servirles tan regalado manjar.

Por la estrecha relación que tiene con este asunto, nos place insertar aquí lo que la misma interesada nos ha referido:

«Solíamos salir mi hermana y yo a dar un paseíto, al anoecer, que algunas veces lo prolongábamos hasta la parroquia de Santa María, donde visitábamos al Señor.

»Sucedió que un día, al entrar en la iglesia, divisé en la obscuridad,

de rodillas delante de un confesonario. y en actitud de profundo recogimiento, a un sacerdote. No sabía yo quién era, ni hubiera sido posible conocerle en medio de las sombras que lo envolvían, pero lo que vi me llamó poderosamente la atención.

»Días después, tropecé de nuevo con el mismo cuadro; pero, ya entonces, sentí como un impulso de confesarme con aquel señor que tan fervoroso me parecía. Y salí con el propósito de volver en cuanto pudiera y de esperar todo el tiempo que fuera preciso a que terminara su rato de oración y se pusiera en el confesonario. Y así se lo manifesté a mi hermana. Como si me lo hubiera oído él, la cosa ocurrió al día siguiente, tal como yo me la había planeado.

»Y desde entonces, mientras residía mi familia en San Sebastián, él fue mi Director». Como lo fue de tantos otros y de tantas otras que, desde los puntos más apartados de la ciudad, acudían a él en demanda de luz y de consejo.

La fama del celoso sacerdote llegó también a los Claustros, y varias Comunidades Religiosas le pidieron para Confesor ordinario suyo. En años sucesivos y desde 1921, lo fue de las Siervas de María, durante dos trienios, y de las Profesas del Convento de San Bartolomé (Compañía de María), de 1924 a 1926; suplente de las Oblatas del Santísimo Redentor, de 1927 a 1929, etc.

## Una inyección espiritual

Hemos visto la' maña que se daba don Antonio para poner inyecciones a las almas que se movían -en su derredor, Mas, lo que con otras hacía, ¿no había de hacerla con la suya propia?

Por eso, en cuanto se le ofreció una ocasión favorable, a los cuatro meses de haber llegado a San Sebastián (octubre de 1919), buscó en el retiro de 'la Santa Casa de Loyola las energías que su espíritu necesitaba para proseguir el trabajo apostólico apenas emprendido en dicha ciudad. y también aquí el Señor se ha dignado, para glorificación de su siervo, poner en nuestras manos sus anotaciones de Ejercicios; de ellas sólo tomaremos ahora lo que más convenga a nuestro propósito, porque algún día habrán de publicarse íntegras. .

Acerca de la meditación DE LA CONQUISTA DEL REINO DE CRISTO, escribe:

De esta meditación sacaré como provechoso aliento para mi actual situación lo que San Ignacio dice en la segunda parte, punto segundo, a saber: el que me sigue ha de ir conmigo, trabajará conmigo, luchará conmigo... iremos siempre los dos. *Jugum meum suave* (mi yugo es). Persuadidme, Jesús, bien de esta verdad. *Yo siempre con Vos*. Y nada hay que los dos no podamos hacer. En el púlpito, confesonario, enfermos, Catecismo, etc., yo contigo, como esclavito a tus órdenes. Y así, Jesús, mío, lo que Tú quieras...

Más adelante, a propósito de LAS DOS BANDERAS, se expresa así:

En la ciudad que habito (verdadera Babilonia) bien puede el mal caudillo tender sus redes de amor a las riquezas, comodidades, regalos, trato con ricos, vanos honores, estimación... *soberbia*. Debo, pues, velar y apartarme de todo aquello que conozca ser *inspirado* por el *maldito caudillo*. Y, al contrario, conocer cada vez más en la oración y retiro, las dotes del bueno y sumo Capitán, y asemejándome en la pobreza, sencillez, dulzura, mansedumbre y HUMILDAD, trabajar en la conquista de las almas.

Y a continuación pone este RESUMEN:

En las circunstancias en que me habéis colocado en la nueva vida, necesito, Jesús mío, con vuestra gracia, resolver y cumplir las resoluciones siguientes:

1º.- Mucha rectitud y pureza de intención.

2º.- Andar siempre con Vos y con mucho recogimiento interior y exterior.

Evitando:

1º.- Las amistades demasiado tiernas y tratos demasiado familiares con personas de otro sexo.

2º.- Derramamiento de los sentidos, especialmente de los ojos.

3º.- Murmuraciones, críticas y exageraciones en las conversaciones.

Y viviendo como acorazado por las dos virtudes de HUMILDAD y PUREZA.

Al año exactamente volvía nuestro Coadjutor a Loyola. A fuerza de tanto esgrimir las armas de su celo apostólico se habían embotado y era preciso volverlas a templar. En media cuartilla de papel, encabezada un 18 de octubre de 1920 y bajo el epígrafe: VOZ DE JESÚS AL ALMA pone en boca de él estos cinco consejos:

1º.- Tus obras son demasiado tuyas. Yo quiero tener parte en ellas para darles mayor valor, fuerza y vida. No obres, pues, solo; trabajemos los dos. Pide mi concurso en la frecuente oración.

2º.- *Ambula- coram me* (anda en mi presencia). No me pierdas de vista en ningún instante; soy tu vida en los enmarañados bosques del mundo.

3º.- Lo que la doncellita de Nazaret fue respecto del mundo a los ojos de la Santísima Trinidad; quiero seas tú respecto del actual mundo a mis ojos. Aquella, mientras el mundo nos olvidaba, *purísima y humildísima, ora*. Ella se ofrece como esclava a los designios; los designios de Dios. Así Tú. De ella se sirvió la Trinidad. De ti, Yo.

4°.- *Ora* cuanto tus ocupaciones te permitan. Estudia diariamente por lo menos media hora de Moral.

5°.- Obedece con prontitud mis inspiraciones. Y lleva de esto el examen particular.

Y ahora que ya hemos visto cómo no descuidaba don Antonio los supremos intereses de su propia alma, volvamos a nuestra historia.

## **El plan misionero**

La feligresía de la Parroquia de Santa María no pasaba de las 6.700 almas. Era entonces, y lo ha seguido siendo después, la más pequeña de San Sebastián, entre las cinco que de años atrás se han repartido los moradores de su casco urbano. Pero, con ser tan pequeña, aún lo parecía más porque todo el barrio del Muelle muy poblado de pescadores, aflúa a la iglesia de San Pedro con preferencia a su propia parroquia.

Mas, como por otra parte la responsabilidad de todas esas familias pesaba principalmente sobre el Cura y sus coadjutores, alguien debió sugerir la idea de organizar una Misión que imprimiese vigorosa sacudida a aquella porción de feligreses tan alejados de su Madre. ¿Quién había de cargar con ese ministerio, más que el coadjutor joven y de arrestos?

Y así fue que, por el mes de abril de 1920, el barrio contempló el espectáculo nuevo de un sacerdote secular que subió al púlpito de su iglesia de San Pedro, en plan misionero, para predicarles las verdades eternas. Por noticias que hemos recogido, parece que repartió el trabajo con el Rvdo. P. Tirso Carmelita Descalzo, que durante una porción de años residió en San Sebastián y laboró en esta ciudad con notable fruto.

Dios sólo sabe el que ambos misioneros cosecharon en la iglesia del Muelle. Se nos ha asegurado que fueron contadas las personas que a ella acudieron; de hombres se puede decir que casi ninguno. Prefirieron éstos, como de costumbre, estarse en el portalón mano sobre mano,

fumando y charlando, que preocuparse del *único negocio*. La avenida de la gracia apenas encontró campo que fertilizar; pero los dos varones apostólicos no cesaron por ello en su empresa de ganar las almas para Cristo. Y a buen seguro que no toda la siembra se perdería.

### **Veinte días de descanso**

Llevaba Don Antonio el año corrido de incesante brega en su coadjutoría de San Sebastián cuando, con fecha 12 de julio de 1920, elevó una petición a su señor Obispo, en la cual expone que:

«contando con la venia de su señor Párroco y dejando debidamente atendidas las obligaciones de su cargo por sus compañeros en el ministerio, desea retirarse para unos veinte días al pueblo de Zumárraga, con el fin de tomar algún descanso, cambiar de aires y al mismo tiempo recoger su espíritu algún tanto disipado por el incesante ruido mundanal de la ciudad».

La petición no podía ser más modesta: tres semanas de vacaciones tras doce meses largos de un curso a la vez extensivo e intensivo. Ni tampoco más espiritual: unos cuantos días de recogimiento, de adentrarse en sí mismo, de vivir más profundamente para sí, él que tanto vivía, desde la mañana hasta la noche y aun no pocas noches, para los demás.

La mencionada petición pasó a informe de don Agustín Embil que a la sazón regentaba la Parroquia de Santa María. El cual, ni corto ni perezoso, devolvía a la Curia Diocesana de Vitoria el documento de su Coadjutor con el siguiente informe, que es uno de los mejores panegíricos de don Antonio:

«El solicitante que suscribe la presente instancia, honra de mi parroquia de Santa María y modelo admirable de coadjutores, es acreedor, por sus trabajos apostólicos, no a un descanso de veinte días, sino de un mes; todo lo que se diga es poco respecto de la santa labor que va realizando en esta Parroquia, labor pesada y continua que no le



ha permitido en el tiempo que lleva en esta Parroquia descansar ni un momento.

«Como santo que es, entiendo que no puede él pedir cosa que no sea justa, por lo que salvo mejor parecer creo se puede concederle lo que en la presente pide.

»San Sebastián, a dieciséis de julio de mil novecientos veinte. El Cura Ecónomo de Santa María.- *Agustín Embil*»,

En vista de tan espléndidas manifestaciones, el Gobernador Eclesiástico, doctor. don José Leoncio Ortiz de Zárate, accedió a conceder la gracia que se pedía (1).

Y don Antonio subió de San Sebastián a Zumárraga, ávido de aires más puros para la oxigenación de su cuerpo y de su espíritu.

### **Como nuevo**

Se nos antoja que así debió de regresar de su tan breve y merecido descanso, porque reanudó su *santa labor, pesada y continua*, con el mismo ardoroso empeño con que la comenzara.

Carecemos de datos concretos sobre lo que llevaría a cabo durante los meses de verano y otoño del año en curso (fuera de su estancia de octubre en Loyola, de la que antes hemos hecho mención); que no estuvo ociosa su pluma lo demuestra el hecho de que en la revista MI SAGRARIO, órgano mensual de las Marías de Guipúzcoa, publicó, desde agosto a diciembre, cuatro Horas Santas y una introducción.

También fue por entonces, cuando dio a la imprenta una comedia suya, escrita en vasco: *Uste diñat* (¡Ya lo creo!), edición de cuatrocientos ejemplares que en aquellos tiempos felices le costó sesenta pesetas; y cuando le premiaron con 225 pesetas, otra que titulara: *Eginzak on* (Haz el bien). Todo esto, claro está, sin desatender sus habituales obligaciones de coadjutor y sus largas

sentadas de confesor y director de almas.

Además, sin salir del radio de la ciudad, predicó un sermón en la Santa Casa de Misericordia. , y uno o dos de la Milagrosa, ambos en el mes de noviembre.

Mas ya las inquietas alas de su celo querían desplegarse para volar más allá. No se remontaría hasta salvar los confines de Guipúzcoa; pero a lo largo y ancho de ella, se posaría en púlpitos y tribunas para anunciar a los hombres las verdades eternas, la mayoría de las veces, aunque no rechazara tampoco el cantar en ocasiones las glorias de los Santos, ¿Cuántos sermones predicó y cuántos Ejercicios Espirituales dirigió. en los cinco años, de 1921 a 1925, que duró su ministerio en la Parroquia de Santa María?

Hemos vuelto a examinar sus libros de cuentas, y por ellos sacamos en conclusión los datos siguientes:

1921. Sermones (triduos, novenas, etc.) en Motrico, Zumaya y Andoain; en el Muelle, el Buen Pastor y de la Inmaculada y de Trece Martes, en San Sebastián. Sermones sueltos, en Zarauz, Andoain, Alegría, Tolosa, Lezo, Villafranca, Urnieta y Elduayen; y en San Sebastián, de San Vicente, San José, San Antonio, etc.

1922. Sermones (triduos, novenas, etc.) en Motrico, Villafranca, Zumaya y Hernani, más los Trece Martes en San Sebastián. Sermones sueltos en Urnieta, Villafranca, Beizama y Berástegui. Además, en las Parroquias del Buen Pastor, San Vicente y el Antiguo, de San Sebastián; en el Asilo, Hospital, Siervas de María, etc.

. 1923. Sermones (triduos.. novenas, etc.) en Irún, Usúrbil y Lezo; un Triduo en la Parroquia de San Vicente y en la Capilla de San José de la Montaña, de San Sebastián, unos Ejercicios, sin señalar sitio ni auditorio. Fuera de esto, algunos sermones en Amézqueta, San Esteban, el Muelle de San Sebastián, etc.

1924. Sermones varios en Motrico, Lezo, Villafranca, Zumaya y

Orio; de trece Martes y en San José de la Montaña, de San Sebastián; Ejercicios a las Damas Catequistas y a un auditorio no especificado en Zumaya. Dos sermones sueltos en Lezo y en Oyarzun.

1925. Aquí la predicación alcanza principalmente el primer semestre. Pero, así y todo, no faltan los consabidos sermones de Motrico y Zumaya, más otros de Deva, un Triduo en el convento de San Bartolomé (San Sebastián) y unos Ejercicios que no consta a quienes pudo dárselos. Y, cuando con el viaje a Roma, para ganar el Jubileo del Año Santo, y la estancia de una semana corta en Aránzazu, parecía acabar el año, y con él su tiempo de permanencia como Coadjutor en Santa María, aún predica en Beasain, Igueldo y Andoain, más un sermón a los Adoradores nocturnos y uno o dos en el Sagrado Corazón (San Sebastián).

### **Los viernes de Santa María**

Nos referimos a los de Cuaresma, por de pronto. Suele ser costumbre piadosa el que se practique en ella, al menos los viernes, el ejercicio del Vía-Crucis. ¿Lo hubo en la Parroquia de Santa María antes de que llegase a ella don Antonio?

Probablemente, sí; pero don Antonio puso el mayor interés en que el tal Vía Crucis resultase lo más devoto y solemne que fuera posible.

A su disposición tenía el grupo incondicional de sus catequistas. ¿Por qué no preparar con ellas los cánticos de penitencia que acompañasen al ejercicio? Y ved cómo la feligresía quedó profunda y saludablemente impresionada, cuando cierto viernes asistió a .un Vía Crucis recogidísimo, de los que llegan a lo más íntimo del alma: Vía Crucis que él mismo había compuesto, letra y música, y que dirigía encaramado en un banco, con voz sonora y acento sentido, en aquel templo casi en tinieblas, sólo iluminado débilmente con los cabitos de vela de las cantoras para ayudarse a leer la letra de los cánticos.

No hay que decir que el Vía Crucis de don Antonio quedó

incorporado definitivamente a las devociones que, durante el santo tiempo de Cuaresma, tienen lugar en la mencionada Parroquia. Como también le ha sobrevivido otra práctica que ciertamente le reconoce por su único autor y principal promotor.

Al austero sacerdote siempre le habían causado penosísima impresión los excesos del verano en San Sebastián. Las gentes, aun las mismas de iglesia, los consideraban como algo irremediable, porque toda la ciudad tenía que supeditarse entonces a la atracción del forastero y al fomento del turismo. Las campañas de moralidad de paseos, playas y espectáculos, tropezaban con dificultades poco menos que invencibles. En esas circunstancias, sale don Antonio al palenque. Si otras armas se mellan, ¿por qué no echar mano de la reparación? Y este fue el nombre con que quiso distinguir aquel ejercicio: VIERNES REPARADORES DE VERANO.

Para practicarlo mejor, no dudó en componer unas consideraciones piadosísimas, unas plegarias sumamente adecuadas, un acto de desagravio que forzosamente habría de hacer dulce violencia al Corazón de Jesús en el Augusto Sacramento del Altar. El ejercicio se viene practicando desde el año 1921 en que se publicó su primera edición, durante nueve viernes seguidos en pleno verano, y nunca faltan sacerdotes de ambo cleros que se presten a dirigir en cada uno de ellos una plática al pueblo fiel. Es más; de la parroquia de Santa María ha pasado este ejercicio a otros templos de otras ciudades, sin contar los núcleos de aliadas, miembros del Instituto Secular que él fundó, y que, por su mismo elevado fin, lo han adoptado donde quiera que existen.

## Sus Ejercicios anuales

Aquel *provechoso aliento* que buscaba don Antonio en la Santa Casa de Loyola, a poco de poner el pie en San Sebastián, le sostuvo tanto en el incesante ajeteo de su vida ministerial, que volvió a la misma Casa, ansioso de mantener y mejorar el nivel de su espíritu no sólo en 1920, sino también en 1921, del 10 al 16 de octubre. y a fines de septiembre de 1924.

¿Es que no practicaba sus Ejercicios más a menudo? Creemos que sí; pero solamente nos consta de estos por los apuntes que poseemos.

La REFORMA que firma el *Día de Santa Teresa de Jesús* del 1921, reza así:

*Castidad* en pensamientos, desechándolos con prontitud; en miradas, en el templo con rigor -en las ventanas, ni asomar ni mirar- en la calle todo lo posible, pero sin exageración.

*Humildad* en pensamientos de vanidad -palabras de *propia* alabanza- maneras, modales, andar...

*Alter Christus* (otro Cristo) -vida interior de sacrificio y amor.

*Reforma del plan:* Levantarme a las 4 3/4; a las 5, ofrecimiento y editación, la cual concluiré en la iglesia...

*Acto de mortificación.* Supresión del café en las comidas todos los días de labor.

De los Ejercicios que hizo en 1924, copiemos siquiera este RESUMEN:

*En honor de la Beata Teresita.* 1°. Humildad en todo, especialmente en palabras y pensamientos. (Cuanto más me desprecie y menos me busque, más le buscaré y amaré a mi Jesús).

*En honor de San Ignacio.* 2. Una hora por lo menos, de Dogma y Moral.

*En honor de la Virgen.* 3.° Mucha oración.- La primera, poca y mucha, por la mañana, antes de salir de casa

## Siempre observante.

Por los tiempos en que don Antonio ocupaba su puesto de Coadjutor en San Sebastián, era costumbre en la Diócesis de Vitoria la de que los Ejercicios Espirituales, obligatorios cada trienio, correspondiesen, por años, al clero de Álava, de Guipúzcoa y de Vizcaya respectivamente. En el de 1925 tocó el turno al clero de Guipúzcoa, y en su primera tanda, del 21 al 27 de junio, entró nuestro biografiado.

Escasas fueron las anotaciones que hizo, pero muy notable la REFORMA PARA EL 1925 y ADELANTE que se trazó. Véanla nuestros lectores:

Necesito ser más *espiritual*. a) Debo intensificar con *sumo* empeño la oración, Rosario, exámenes, etc. b) Me conviene orar siempre que pueda ante el Santísimo Sacramento, Para lo cual, *propongo firmemente estar* en el confesonario *de rodillas*, siempre que las ocupaciones me permitan; ya que Dios me ha hecho la gracia de tener el Sagrario tan cerquita. c) Fomentaré la presencia de Dios y la rectitud de intención. Sea ésta única y simplícísima, a saber, obrar por amor de Jesús, pasándolo todo por el Corazón de María.

*Mis batallas*, las de siempre: 1º. Contra la impureza. 2º. La soberbia. 3º. El estudio.

El día de Retiro mensual -con más fundamento; repasando mis propósitos de ahora.

Todo lo que va subrayado, tanto aquí como en las citas precedentes de sus ejercicios (fuera de los textos latinos, cuya traducción en castellano ponemos para inteligencia de los lectores que no lo saben), lo está así en el original de don Antonio que transcribimos a la letra

. Un comentario. ¿Verdad que de unos Ejercicios a otros afina que es un gusto?...

## La noticia-bomba

Estalló un día en la misma estación del ferrocarril del Norte. Volvía de Madrid a pasar las Navidades en casa una de las Catequistas de Santa María. En el andén le esperaba un familiar suyo.

-¿Sabes -la dijo- que os llevan a don Antonio?

La sorpresa que tal noticia causó en la recién llegada, casi la dejó en el sitio. Lo había oído y no acertaba a entenderlo.

-¡Cómo! ¿Qué me dices?

- Lo que oyes, chica; que Don Antonio se va de Santa María.

- ¿Y no se sabe a dónde?

- Dicen que a San Ignacio, de Coadjutor.

¿Qué es lo que había pasado? A lo que parece, se trataba de abrir un hueco en la Parroquia de Santa María para un sacerdote dignísimo por todos conceptos, que se había desgastado al servicio de la Diócesis, en sus Seminarios: Vitoria primero, después Andoain.

Cuando aquí ya no hubo nada que hacer, Don Joaquín Antonio de Ustoa, que así se llamaba el referido sacerdote, se puso a disposición del señor Obispo Fray Zacarías Martínez, y éste, por consideración a sus méritos, pensó darle una colocación en San Sebastián. Había vacado por entonces una Coadjutoría en la Parroquia de San Ignacio; mas semejante destino mejor era de brega que de descanso. Como Parroquia de poco trabajo, la de Santa María, pero todos los puestos en ella estaban ocupados... A no ser que algún traslado dejase libre el puesto que hacía falta para el bueno de don Joaquín...

En resumidas cuentas: que a don Antonio Amundarain le tocó el sacrificio de cargar con sus bártulos e irse con ellos al otro lado del río Urumea. Aunque mucho mayor debió de ser el sacrificio que con esta medida de *pie forzado* se impuso a la feligresía de la

Parroquia matriz, tan contenta con aquél su dinámico coadjutor y tan identificada con sus apostólicos ministerios.

Y en el populoso barrio de Gros, que rodea a la iglesia parroquial de San Ignacio, hubo de instalarse don Antonio, tan pronto en piso alquilado como a pupilo; era el último de los seis coadjutores que espiritualmente atendían a una población de 14.000 almas.

### **Lo que hizo en San Ignacio**

Poco más o menos, lo mismo que en Santa María. Cedemos el uso de la pluma a una feligresa de aquella Parroquia.

«Al venir a esta Parroquia, ya traía el sobrenombre de *celoso y muy dado a las almas*. Son intensas y largas las horas de confesonario: por la mañana, desde las cinco y media, hasta las nueve o nueve y media mediando el paréntesis de la celebración de su Misa; por la tarde desde las cinco hasta la hora del cierre de la Parroquia, a las nueve.

»Se da a todas las almas, sin excluir ni edad ni categoría social. Un enjambre de niñas y jovencitas diariamente acude a su confesonario; es aquí donde despliega más su ternura de padre y Sacerdote, enamorado de la Pureza y de la Eucaristía. Hay entre las niñas, quienes acuden todos los días a pedirle *les hable de Jesús*, y lo hace sin cansancio, siempre con fervor y con un acento tal, que sus palabras serán como dardos de fuego que atraviesen los corazones infantiles que le escuchan y que orientarán de manera irrevocable sus vidas hacia la Pureza y Santidad. Es su placer favorito: las niñas. Y es el incansable sacerdote que las habla en la Escuela, en la Catequesis Parroquial y en las Conferencias dedicadas exclusivamente a ellas, los domingos, en Villa Cristeta, Convento de las Madres Auxiliadoras del Purgatorio, que dirigen las Catequesis de San Ignacio y del Barrio de Ategorrieta.

»Es esperado con júbilo y escuchado con extrema atención. Es el sacerdote pedagogo por instinto y que conoce la psicología infantil de



un modo admirable. Exigente a veces, en otras, bromista; en ocasiones serio. Cuando trae algún paquete, ya se sabe que contiene *algo* para ellas; estampas, trozos de tarta. Y es un día en que manda recitar el Gloria Patri sin equivocarse, premiando con un gran pedazo de tarta a la recitadora.

»Como Director del Apostolado de la Oración, tenía a su cargo los sermones de la función vespertina de los terceros domingos. Siempre se le escucha con fruición, asistiendo buen número de oyentes. También puede decirse que su misión sacerdotal a los enfermos no termina en un cumplimiento exacto del deber cuando es designado *de semana*, sino que el enfermo es asistido y consolado extraordinariamente por su alma sacerdotal en cualquier momento y hora.

»Los santos Ejercicios de 1928, dedicados exclusivamente a las jóvenes, fueron verdaderamente históricos. Se dio a ellos con toda el alma, *hasta agotar enteramente sus fuerzas físicas*. Esta siembra fue fructífera en extremo; hubo una revolución espiritual entre la juventud de la Parroquia; a unas las sacó del letargo en que vivían; a otras las enfervorizó y orientó para altos vuelos; otras, pobrecillas ovejas descarriadas, volvieron al aprisco con señales de verdadero arrepentimiento, y muchas de ellas fueron desde entonces almas muy entregadas al Señor».

Las notas que anteceden, resumen muy acertadamente la labor apostólica de don Antonio en su Coadjutoría de la Parroquia de San Ignacio. Y aún se pudiera añadir que su tarea de confesonario llegó a ser tan agobiadora, que los domingos y días de fiesta tenía que quedarse sin desayunar hasta después de concluida la Misa Mayor.

Pero lo que merece detallarse más, es lo referente a los santos Ejercicios de 1928. Pronto hemos de volver sobre ellos.

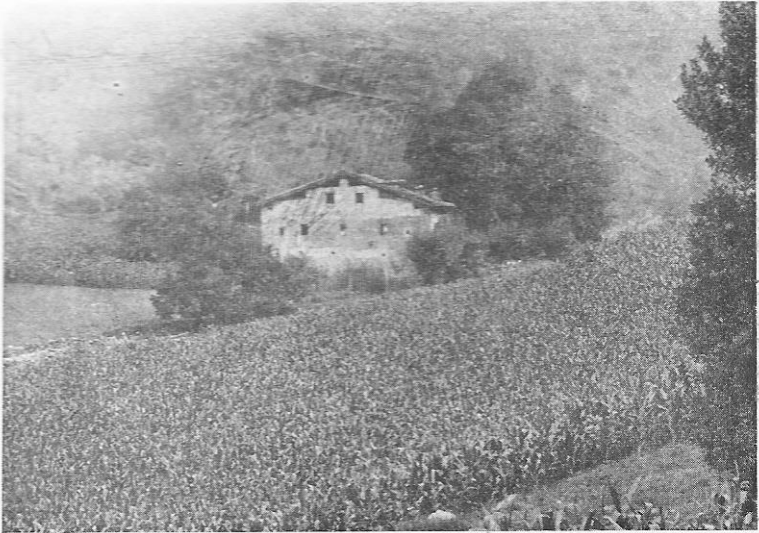
## Solicitado por todos

Algo semejante a lo que sucedió en la Parroquia de Santa María, pasó en la de San Ignacio al aparecer en ella don Antonio: llovieron sobre él las invitaciones y aun para que se encargase de la dirección de diversas obras. Y como a nada sabía negarse, no tardó en verse acaparado por ellas.

Allí, además de lo dicho, hubo de poner su pluma al servicio de la buena causa en un semanario de lengua vasca: «Argia» (Luz); el sacerdote que lo había fundado y lo dirigía, sabedor de que don Antonio la hablaba con una pureza y corrección notables, recabó en su favor, con fecha 27 de mayo de 1921, la licencia necesaria para colaborar en la prensa católica. Aquí, no tuvo más remedio que aceptar el nombramiento de Director de enfermos de Guipúzcoa en la Junta de Peregrinaciones a Nuestra Señora de Lourdes (20 de marzo de 1926). Es más, a petición propia se le concedió, el 12- de diciembre de 1928, otra licencia para leer periódicos y libros prohibidos; lo cual hace sospechar que de algún sector le requirieron para censurar lecturas. ¿Serían los de LA CRUZ o los de LA LEGIÓN CATÓLICA? Porque con unos y otros mantuvo nuestro biografiado extensas relaciones.

Por otra parte, tampoco le dejaban en paz los que, dentro de su feligresía o fuera de ella, le buscaban para Ejercicios y sermones. En muy pocas líneas recogeré un resumen de aquellos.

En los años de 1926 y 1927, es decir, mientras la naturaleza pudo resistir el terrible vapuleo a que le sometía, hemos contado seis tandas de Ejercicios y dieciséis de sermones, a más de una porción que predicaba sueltos aquí y allí; con una particularidad que constantemente se repite: sus ausencias eran brevísimas, lo estrictamente necesarias para cumplir su cometido y regresar a su procedencia: y, cuando predicaba en la misma ciudad o en lugares próximos a ella -v. gr., Hernani, Irún- iba a diario, para no faltar a sus obligaciones parroquiales.



El caserío *Sales*, de dos viviendas, en Elduayen.  
En la que da al monte, habitó la familia Amundarain  
y nació su último hijo Antonio.



Vista parcial de la villa de Elduayen.  
A la izquierda, la iglesia parroquial, y a la derecha,  
encaramada en el monte, la ermita de Santa Cruz.

## Las jóvenes en jaque

Dos años llevaba de coadjutor en la Parroquia de San Ignacio, cuando su infatigable celo le empujó a una empresa de gran envergadura. Se trataba, nada menos, que de remover profundamente la conciencia religiosa de la juventud femenina de la feligresía. ¿Y cómo mejor que organizando una o dos tandas de Ejercicios Espirituales –las que fueran menester- para las jóvenes solas?

Mas, si la campaña había de ser eficaz, no podía reducirse a una serie de llamadas intermitentes desde el púlpito. Porque ni este medio llegaría a todas; ni aunque llegase, obtendría el resultado apetecido. Había que echar mano de la propaganda oral y escrita.

No faltarían algunas de buena voluntad que se prestasen a hablar a unas y a otras. Nos consta que las hubo. Y que su labor no fue estéril. ¿A cuántas dio el primer empujón la amiga o la vecina, ponderándole las cualidades del sacerdote que había de dirigir los Ejercicios? Sólo Dios lo sabe. Y ellas, que no han creído deber ocultarlo. Después de todo... ¿para qué?

«Yo –dice una- no conocía a ese señor para nada. Pero tanto insistió Fulana, que, aun cuando no me apetecían ni un poco esos Ejercicios (entonces andaba yo muy metida en el mundo), acepté a ir por la noche, más que todo llevada de la curiosidad. Me gustó, y, ya entonces, me propuse hacerlos seriamente en la segunda tanda».

Pero simultáneamente con la propaganda oral, recorrió todas las casas de la extensa feligresía un reguero de hojas, certeramente escritas, de las que hacían pensar...

¡JOVEN CRISTIANA!

Atiéndeme un momento que te interesa.

Tú piensas mucho, casi demasiado; sin embargo, aún te queda mucho que pensar.

Piensas que eres muy joven y piensas en las pretensiones a que tiene derecho una joven de hoy; piensas en una vida larga y alegre; en una fortuna o un buen pasar; piensas en hermosuras y bellezas ideales, naturales o artificiales; en honras, estimación, nombre, glorias del mundo; piensas en los goces, expansiones, diversiones, placeres de la vida frívola; en cariños de soñados corazones, en amores santos y fieles...

Un día en San Sebastián da mucho que pensar lo que se oye de amigas y de amigos..., lo que se lee en el diario; en la revista, en el cuentecito, en la novela...; lo que se ve y se disfruta en la calle, frontón, teatro, cine, baile o simple lectura...

Pero... tú piensas muy poco (casi nada) en que no sólo eres joven, sino que eres joven CRISTIANA... ¡Palabra molesta!... Atiéndeme un poco más... Esta palabra no te gusta, acaso te asusta...; pero ella abre un nuevo campo a tu pensamiento bullicioso...

Tú eres cristiana, aunque en ello no pienses... y *una y cuarto de la tarde* (media hora). El tercero a las *siete y cuarto* de la noche (una hora).

¡JOVEN CRISTIANA! atiende y fíjate bien: Sus **di-voz** de tu JESÚS que te quiere amar y purificar; es de tu amado Párroco que por ti sufre y ofrece generoso a Dios su larga y penosa enfermedad, es de los sacerdotes de tu Parroquia que buscan tu alma para hacerla buena y feliz.

*Ven, joven cristiana, a tu iglesia, a tu casa.*

DESDE EL DÍA 8 AL 15 DE ENERO; *ven y no te pesará.*

PARROQUIA DE SAN IGNACIO.

## ¿Cuál fue la respuesta?

Sin duda fueron muchas las almas buenas a quienes don Antonio puso en movimiento para que violentasen al Señor con sus oraciones y sacrificios. No es afirmación gratuita, cuando sabemos de otras veces que lo hizo. Y él mismo ya nos descubre en la hoja que, a la cabeza de todas las almas orantes, iba su Párroco, don Cándido Uranga, con el generoso ofrecimiento de *su larga y penosa enfermedad*.

A nuestros oídos ha llegado una cifra, sin que podamos certificar de su exactitud: *setecientas* jóvenes. Desde luego que si fueron tantas, esa cifra se ha de referir a la asistencia de la noche. Dejemos a un lado la cantidad para fijarnos en algo mucho más importante: en la sacudida espiritual que unos Ejercicios así, verdaderas misiones, imprimieron en el joven auditorio. Por fortuna viven testigos que no nos dejarán por mentirosos; testigos de mayor excepción, porque cuentan y no acaban, al cabo de veintiséis años, lo que ellas mismas experimentaron.

Aquel varón de Dios, austero, continente, voz sonora, *lenguaje claro, vivo y fulgurante*; hondamente convencido y emocionado por las verdades que predicaba, forzosamente tenía que penetrar los corazones de sus oyentes, derribando todo lo que se le opusiera, para dejar franco el acceso a las avenidas de la gracia.

Y nada digamos de la otra parte: el complemento del confesonario, donde rubricaría con la sangre de Cristo, mediante la santa absolución, la obra comenzada en el púlpito. Porque el esfuerzo de seis días de predicación tuvo que ser casi sobrehumano; pero cuando, para *descansar* de su fatiga, se pasara horas y horas oyendo y exhortando en el Tribunal de la Penitencia ¿extrañará a nadie el que hubiese de acabar su jornada completamente extenuado?

Pues precisamente por eso, una vez concluido felizmente aquel primer ensayo, pensó en tomarse unas vacaciones... Unas vacaciones muy de su estilo: aprovechando la atmósfera, tan caldeada, de la

feligresía, para echar de nuevo las redes y .ver de aprisionar en sus mallas a las jóvenes que antes no se habían puesto a su alcance.

Con un intervalo suficiente como para que pudiera llevarse a cabo la propaganda, reanudó su tarea, se dice que con otras trescientas jóvenes, en la misma forma y con el mismo fruto que la vez anterior. ¿Qué les dijo? ¿Cómo les dijo?

La ejercitante, cuyas frases hemos citado poco ha, recuerda perfectamente cuál fue la meditación que más efecto le causó: la de la hermosura del alma. ¡Qué cuadro tan sorprendente pondría delante de sus ojos, que tan grabada le dejó su visión!

En suma: los resultados espirituales no pudieron ser más halagüeños para la juventud de la parroquia: pero, en cambio, los materiales, para nuestro Director de los Ejercicios, tuvieron, que abrir ancho surco en su salud. Porque no fue exageración el afirmar que «se dio a ellos con toda el alma, *hasta agotar enteramente sus fuerzas físicas*».

### **Y, con todo...**

Mas cabría preguntar aquí; qué descanso pudo, o quiso, dar don Antonio a sus fuerzas .físicas. Porque, entre marzo y abril del mismo año, es decir , en la Santa Cuaresma y tiempo pascual, predicó los siete domingos de San José (por los que percibió la limosna de doscientas pesetas ) y algunos sermones de Cuaresma.

Además su libro de cuentas nos denuncia dos tandas de Ejercicios en el Colegio del Sagrado Corazón, probablemente a niñas mayores la una, y a las pequeñas, la otra, por la época en que dichos Ejercicios tuvieron lugar.

Sin embargo, había de llegar forzosamente un momento en que la pobre naturaleza, tan implacablemente baqueteada, habría de tumbarse en la cuneta, como bestia sobrecargada que ya no puede seguir su camino. Y este hecho, por todas las trazas, debió de producirse a poco



de terminar los antedichos ministerios. Necesitó descanso, y, como en San Sebastián no le fuera posible tomarlo, por dos veces consecutivas se alejó de la capital para acogerse a su dulce retiro de Aránzazu.

Y allí estuvo, primero casi todo el mes de mayo, del 6 al 30; después, del 19 de junio al 28 de julio. Pero, a la vez, medicinándose, según aparece por asientos tan significativos como drogas, fosfox, consultas, médicos, sales de Elorriaga, candiolina, etc., etc., que tristemente van esmaltando sus cuentas de mayo en adelante. ¡Y decir que, desde entonces, así hubo de continuar por espacio de 26 años—más de la mitad de su vida sacerdotal—sosteniendo su desgastado organismo con el esfuerzo vigoroso de su férrea voluntad!

A esta época pertenece una carta suya, de la cual cortamos el siguiente párrafo:

*«Nuestro Párroco está bajando de- día en día. En breve habrá acontecimientos. No sé qué planes tienen los Superiores, ni si en el movimiento me tocará bailar. Por favor haga que todas esas (aliadas) y más que usted tenga a mano pidan al Señor: que en todo se cumpla sólo la Divina Voluntad». (10 septiembre de 1928).*

¿A qué se podía referir don Antonio? ¿Es que, ante la gravedad de su Párroco, corrieron rumores de que aquél iba a sustituirle en el cargo? Tal vez fuera así, y aun no sería aventurado sospechar que el señor Obispo hubiera puesto los ojos en él para colocarle al frente de tan numerosa feligresía,

Mas el caso es que don Cándido Uranga no pasó a mejor vida hasta el 22 de junio del año siguiente y que, para entonces, don. Antonio no ofrecía la misma seguridad, en lo humano, de poder llevar' sobre sus hombros semejante carga.

## Cuesta abajo

¡Cuán distinta fue para un sacerdote como él, toda actividad y celo, la cuaresma de 1929!

*«Metidito en casa y mucho tiempo en cama llevo esta Cuaresma; ustedes en cambio al frente de batalla, ¡cuánto les recuerdo! ¡Siquiera pudiera ayudarles un poco, con mi escaso e imperfecto sacrificio que el Señor me ha pedido!»*

Así escribía el 25 de marzo, mientras se resiente cada vez más su mermado bolsillo, con pocos ingresos y muchos gastos de farmacia, inyecciones, médicos, etc. Un cambio de aires le sentará bien, y a Burgos se dirige el 2 de julio, con una breve parada en Zumárraga, y en la Casa de Venerables se hospedará hasta el sábado, 3 de agosto; la estancia en clima de altura, como el de la capital castellana, ha producido en él una notable mejoría. (Carta del 15 de julio).

Para más asegurarla, vuelve a acordarse de su siempre añorado rincón de Aránzazu, y se instala allí desde el mismo día 4 de agosto; todo un mes permanecerá a los pies de su Madrecita hasta el 3 de septiembre. (Carta del 22 de agosto). Está don Antonio almacenando energías para proseguir su labor apostólica en la Parroquia de San Ignacio, a las órdenes de su nuevo Cura, don Auspicio Otaegui, siendo así que el Señor se las da para que vaya a gastarlas en su servicio en otro destino...

## Por la misma trayectoria

No se desvió don Antonio ni un tanto así de la que se trazó al entrar en San Sebastián. Para sus ministerios apostólicos como para su vida interior. Algo de lo que trabajó en este segundo aspecto, nos descubren sus anotaciones de Ejercicios, que hemos aprovechado en parte; las que corresponden a los cuatro años de su coadjutoría de San Ignacio no dicen menos que aquéllas.

Conforme a lo que ya advertimos más arriba, no le toca volver a hacerlos en Vitoria hasta el año de 1928. Quedaban dos por medio. ¿A dónde encaminaría sus pasos? Mucho debía de tirarle, y no sin razón, Loyola; y a Loyola se fue en 1926, del 11 al 18 de septiembre.

En siete cuartillas encerró todo lo que más le había movido... ¡Todo magnífico! Pero, donde mejor se reproduce a sí mismo, tajante, sin. contemplaciones, es en la parte que dedica a la MUERTE.

Ante ella -dice- me he preguntado:

¿Quisieras en este preciso momento *morir*?

Y me he respondido que no.

¿Por qué?

No moriría tranquilo y en paz.

¿Qué te hace falta?

La luz de la muerte me dice:

1°.- Que debo tener más formalidad o seriedad *sacerdotal*, evitando ciertas ligerezas no propias de mi carácter; pero sin ser demasiado pesado para los prójimos.

2°.- Menos derramamiento y menos curiosidad en especial en la vista, porque me disipa y me *revuelve muchas pasiones*.

3°.- Vida más recogida e interior.

Teniendo estas tres cosas, no temo la muerte.

RESUMEN.- Vida santa (sacerdotal) muy recogida e interior. Oración, oración, oración.

Resolución decidida-recogimiento y gran modestia en los ojos.

¡Santa Teresita, San Juan María Vianney, Santa Gemma Galgani, Rogad por mí!

Jesús: in manus tua commendo...(en tus manos encomiendo...).

Virgen bendita, he aquí tu esclavito.

Para los Ejercicios que practicó en septiembre de 1927 escogió el retirarse solito a la Casa-Noviciado de las HH. Mercedarias de la Caridad, en Zumárraga. ¿Qué pudo suceder para prescindir de la Santa Casa de Loyola. No lo sabemos.

Dos pliegos de carta y un tarjetón han recogido parte de sus apuntes. De lo mejor que tenemos, y a lo que, con harta pena, hemos de renunciar. Mas no a lo escrito en el tarjetón que contiene el RESUMEN DEL RETIRO.

De lo que he leído, meditado y sentido, saco en resumen:

1.º-Tanto para mi bien como para el de las almas *más* vida interior; oración, más recogimiento en las calles y el confesonario.

2.º-Vacío de mí, rectitud de intención, *humildad*.

3.º- Vacío de mi propio querer; en todo «*fāt valuntas tua*».

4.º- Guarda de la *imaginación* y de la *vista*; con el voto de no fijarme advertida y detenidamente en...

Aún añadiremos dos palabras sobre los últimos Ejercicios que practicó en la *Casa de Venerables*, de Burgos, a mediados de julio de 1929, cuando reponía, en clima de altura, sus quebrantadas energías por el duro y continuo desgaste a que las había sometido. Once consideraciones nos, ha dejado brevemente anotadas, y un RESUMEN, con tres textos de San Pedro, a los que responden los tres propósitos con que termina:

«1°. Humildad-disimulando, ocultando todo.

2°. Conformidad con la divina voluntad. Recibir todo de su mano.  
Ni pedir, ni rehusar.

3°. Resistencia a las pasiones sensuales y la guarda de los sentidos.

Fiat voluntas tua.-Amén. Amén»

## VII.- ZUMÁRRAGA (1929 – 1932)

### ¡También aquí trabajó!

Por nombramiento que firma el Excmo. Rvdmo. señor don Mateo Múgica, el 23 de octubre de 1929, tiene que volver a aquella Villa donde había trabajado durante ocho años: pero vuelve esta vez de Cura-Ecónomo de la misma, Don Antonio ha cumplido los 44 de su edad

Quien estas líneas escribe, sólo una brevísima alusión a este hecho ha recibido del interesado. En carta del 30 de octubre le dice: *¿Y qué opina usted de mi salida a Zumárraga?* La verdad es que, ni entonces ni ahora, se le ha ocurrido opinar otra cosa, sino que el señor Obispo le trasladó a Zumárraga, pensando que su estancia aquí, que habría de resultar de menos agobio para su salud más bien precaria era un premio por lo mucho que en San Sebastián había trabajado.

Para cuando tomó la embocadura de una parroquia que entonces contaba con 2.100 almas y se ocupó de trasladar sus muebles, adquirir algunos que le hacían falta y poner una casa decentita, fácilmente corrieron los dos meses últimos de 1929.

Pero entró el de 1930, y ya está don Antonio en plena actividad. Persuadido de que el instrumento más apto para la renovación de una feligresía son los Santos Ejercicios, se preocupó de organizarlos por edades y sexos.

*«Aquí vamos trabajando un poco; hemos dado una tanda de Ejercicios a más de 300 jóvenes hijas de María e hijas del mundo. Don Miguel Lasa, coadjutor y don Andrés Olaechea, Capellán, me han ayudado. Una hermosura; cosa aquí no conocida hasta ahora.*

*»El día 30 del corriente comenzaremos otra tanda para solos chicos... Si la salud no se resiente, terminaremos la Cuaresma con otro cuatriduo para todos».*

Así cuenta sus impresiones en carta íntima que lleva la fecha del 5 de marzo. Y, en efecto, el cuarto domingo de Cuaresma entraba en Ejercicios la juventud masculina de Zumárraga, para terminarlos el Domingo de Pasión, 6 de abril. De ellos vuelve a dar noticia, en carta del 8:

*«El domingo hemos terminado los Ejercicios de los chicos; los han hecho unos 150 jóvenes mayores, de 16 arriba. Una hermosura.*

*»En sobre aparte le envió las famosas hojas de propaganda que hicimos».*

No sabemos que este año hubiese más tandas de ejercicios. Tal vez porque un suceso inesperado, al que vamos a referirnos enseguida, llamó su atención y ocupó su celo poderosamente.

Pero, a fines del mismo, ya comprometía al sacerdote que escribe estas líneas, para que diese en castellano una tanda de solo hombres, a base de los adoradores nocturnos, con un acto al mediodía y otro por la noche; además -si la memoria no nos es infiel- había otro acto durante la Misa, tal vez a las siete de la mañana y con toda probabilidad en vascuence. Esta tanda duró desde el lunes, 26 de enero, hasta el domingo, 31 {carta del 19 de enero), y no hay por qué añadir que don Antonio trató a su huésped con la caridad que acostumbraba.

Nos faltan datos sobre los ejercicios que seguramente dedicó a las mujeres, cuyo número rebasaría con mucho al de los asistentes a las demás tandas; en cambio, sí los tenemos de la gran devoción a la Virgen de la Antigua que consiguió despertar en Zumárraga y que otra pluma nos referirá.

## El caso de Ezquioga

A pocos kilómetros de Zumárraga y en una campa del vecino Ezquioga, primero unos niños, después algunas personas mayores, jóvenes casi todas, creyeron ver a la Virgen. Corrió la nueva como llama por un reseo cañaverál, conmoviéronse las gentes y comenzaron a afluir a la campa, donde se decía que se mostraba Nuestra Señora. Se decía, porque la multitud, fuera de los tres o cuatro afortunados videntes, no veía nada.

Pero allí se rezaba el Rosario por miles y miles de personas, con un fervor que verdaderamente edificaba. Y en que allí se rezase el Rosario tuvieron parte principal, a no dudarlo, los sacerdotes circunvecinos. Entre ellos, no podía faltar el párroco de Zumárraga.

Lo que en la campa de Ezquioga se rezaba y se predicaba con espíritu de penitencia, repercutía necesariamente en los confesonarios, porque eran muchos los que, sintiéndose movidos por espectáculo, querían arreglar sus cuentas con Dios.

*«Lo de Ezquioga es algo sublime; el acto de reparación más solemne que España ofrece hoy a Dios. La Virgen no puede desampararnos. Ese Rosario tiene que tener en el cielo un eco casi omnipotente».* (Carta de 27 de julio de 1931)

Don Antonio rebosaba de gozo. Ni se le ocurría dudar de que aquello no tuviera base. Para su excesiva credulidad –tanto más crédulo cuanto más piadoso– era cierto que allí se aparecía la Virgen, porque allí, a falta de pruebas exteriores sobrenaturales, se estaban obrando de continuo toda una serie de milagros de orden moral.

Sin embargo, la Autoridad Eclesiástica, con aquella exquisita prudencia que le ha caracterizado siempre, después de maduro examen de los hechos, se pronunció en contra de las pretendidas apariciones y prohibió terminantemente el acceso a la campa.



Y nuestro biografiado, lo mismo que todos los sacerdotes del contorno, acató con toda docilidad el veredicto de la Iglesia y no volvió a poner los pies en la campa ni a mantener la verdad de las apariciones que se atribuían a la Virgen en aquélla. Ni volvió a mentar para nada el caso de Ezquioga.

Su docilidad corrió parejas con su credibilidad; tan grande la una como la otra. Se equivocó con la mejor buena fe del mundo; pero el Señor permitió su equivocación para bien espiritual de muchos, mediante el rezo del Santo Rosario y la renovación de las conciencias. Y, si abundante cosecha se prometía el demonio con aquella aventura, la Virgen supo malogrársela, a la vez que aprovechaba la buena fe de las gentes en beneficio de sus almas.

## La Casa Parroquial

Fue un proyecto que maduró y llevó a cabo don Antonio, durante el tiempo, relativamente corto, de su curato de Zumárraga. Proyecto doble porque, a la vez, perseguía dos objetivos: el de dotar al párroco de una vivienda tan próxima a la iglesia que pudiese pasar a ella sin poner los pies en la calle, y el de abrir al público un salón parroquial que salvaguardase de peligros a la juventud.

Junto a la iglesia había un campo de su propiedad, totalmente cubierto de maleza... ¿No cabría venderlo y destinar su producto para costear, en parte, las obras? Además, existía el cementerio viejo, colindante con ella, cuyos restos sagrados podían trasladarse al de la Villa y depositarse allí decorosamente. Así quedaba un solar de capacidad suficiente para levantar sobre él el nuevo edificio. Y, como no era nuestro biografiado de los que vacilan, ni menos, retroceden, una vez que había, meditado seriamente una cosa, emprendió resueltamente la construcción de la Casa Parroquial sin el menor interés, como no fuese el de la gloria de Dios y bien de las almas. Y como no era nuestro biografiado de los que vacilan, ni menos, retroceden, una vez que había meditado seriamente una cosa, emprendió resueltamente la construcción de la Casa Parroquial sin el menor interés, como no fuese el de la gloria de Dios y bien de las almas.

Y que sólo era esto lo que se proponía, se vio bien claro por la guerra que le movió el enemigo, sembrando suspicacias, despertando celos, atizando el fuego de la más despiadada crítica... Nuestro hombre no por eso se acobardó, aunque no dejaría de sentir en su corazón los alfilerazos de los murmuradores y de los que, como suele suceder en estas o parecidas circunstancias, les hacían coro.

Mucho trabajo le costó mantener la vida del salón parroquial, porque sobre él hubo de recaer, por necesidad, una buena parte de la preparación de aquellas veladas con las que pretendía divertir honestamente a la juventud que, de no ser así, habría de buscar otra

suerte de entretenimientos, de los cuales tan malparada suele salir la santa virtud. Es más: lo que al principio, con la novedad, atrajo un público numeroso; dicen que poco a poco fue decayendo hasta no poderse sostener. Mas si aquella obra de celo fracasó, quien la acometió con la mira puesta en la salvación de las almas, salió de ella cargado de méritos. Porque, después de todo -como diría él- si con todo mi esfuerzo únicamente he conseguido evitar una sola ofensa al Señor ¿no me debo dar por satisfecho?

### Se bate en retirada

Aunque por esta época poco predicaba, el desgaste diario de la vida parroquial con las mil complicaciones que surgen, y la atención que debía prestar a la Alianza (aunque esforzándose siempre porque ello no cediera en detrimento de su primera obligación), le fueron minando la salud en tal forma que se creyó en el deber de tratar seriamente con su señor Obispo sobre la renuncia de la Parroquia, una vez que de algún modo pudiera asegurar su porvenir económico. Consta de algún viaje que realizó, tal vez con ese objeto.

Pero, además se deduce de las cartas, cuyos párrafos principales - los que hacen al caso- vamos a copiar.

*«Yo sigo calamocano. Ayer por teléfono deshice el compromiso de Saturrarán. Hoy parece estoy algo mejor, y tendré que cumplir brevis et breve, pues ellos no. se resignan.*

*«¿Cuándo me arreglará el Sr. Obispo este asunto, para retirarme...? De una u otra manera la tendré que hacer por pura necesidad». (22 d octubre de 1932).*

La carta siguiente ya está escrita desde Aránzazu. Allá se ha ido, una vez más, en busca de reposo.

*«Aquí me tiene Ud. con la cabeza rota, que no sirve para guardar el equilibrio de los pies...».*

.....

*«De mi asunto estoy como alma en pena; el Prelado me escribió que creía firmemente se había de resolver satisfactoriamente; lo espero también yo. Buena falta me hace pues estoy bastante estropeado.*

*«En Saturrarán hice lo que pude; quiso Jesús no saliese tan mal. Estaré aquí hasta que Dios quiera».* (4 noviembre 1932).

*«Diga Vd. a... que agradezco inmensamente la hospitalidad que me ofrecen, pero créame, soy un estorbo en todas partes, y donde creo que estorbo menos es aquí, comiendo en la Hospedería y viviendo en el Convento. Además, mientras no se solucione lo de la Parroquia, no estoy para nada, y eso... cuando el Sr. Obispo no me lo mienta, debe seguir siendo incierto.*

.....  
*»Estoy un poco mejor, pero poco. Lo que Jesús quiera».*

Los párrafos transcritos son de una carta de fecha 7 de noviembre de 1932. A los cuatro días, el 11, tocaba otra vez el asunto de su renuncia; pero ¡con qué resignación tan completa en las manos del Señor!

*«Puede -dice- tratar de mi asunto como quiera con el Prelado. Lo que le digo a Vd. es que cada vez temo más volver y meterme en el traqueteo que me espera en la parroquia. Allí muchas cosas están esperando mi presencia...*

*»Den Vds. la solución que quieran, con tal que me desliguen... Pero si Jesús quiere que allí sucumba..., Amén, amén...*

*»5igo algo mejor; así creo....».*

Esta mejoría se acentúa; lo manifiesta en carta del 17. No, hay duda de que Aránzazu le ha tonificado. Aunque no tanto como para que se encuentre con fuerzas para reanudar la tarea parroquial. Véase, si no, lo que escribe desde Zumárraga, el 25 del mismo noviembre:

*«Bien malico me resulta el tener que esperar hasta fines de año en la parroquia, a la que no tengo más remedio que atender, pues faltando yo y otro*

*que está viaticado hace bastante, no queda ni medianamente atendida.*

*»Y como por otra parte se ha corrido por todo el pueblo mi salida, todo es comentario de esto y cábalas de quién será el sustituto.*

.....

*»Si el Sr. Obispo, sin molestar, pues no le quiero molestar en lo más mínimo aunque me mate, pudiera mandarnos el esperado sustituto, ahora que vienen tantas fiestas y con ellas tanto trabajo, yo podría atender a mi salud, que está para muy poco».*

Todavía se hizo esperar el sustituto, por lo que dice el 16 de diciembre:

*«Aquí me tiene Vd. sin saber lo que hacer..., pues que seguimos con la incógnita sin resolver; todo está en suspenso, porque no sabemos si el enviado viene por Belén o por Egipto».*

No nos consta sí, después de puesta en el correo esta carta, tuvo alguna noticia halagüeña. Parece que sí; porque su renuncia al Curato de Zumárraga está fechada el mismo día. Un 16 de diciembre de 1932.

En ella ponía término, sin conocer todo su alcance, a sus 22 años fecundísimos de vida parroquial.

# ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Del autor al lector	4
<b>I.- Elduayen (1885 A 1898)</b>	
Folio 113 vuelto	6
Releyendo la partida	7
La villa de Elduayen	8
Juan Bautista y Teresa Antonia	9
Páginas de su infancia	11
El llamamiento	13
<b>II.- Baliarrain (1898 – 1901)</b>	
Un Párroco Preceptor	15
<b>III. – Vitoria (1901 – 1909)</b>	
Don Antonio seminarista	17
En pleno internado	18
Gregorianista decidido	20
¿Fotógrafo por necesidad?	21
De escalón en escalón	22
Llegando a la meta	24
¿Por qué allí?	25

#### **IV.- Baroja (1910 a 1911)**

Su primer destino	29
La iglesia sin torre	30
En contacto con sus feligreses	32

#### **V. Zumárraga (1911 a 1919)**

Camino de Guipúzcoa	34
En el Hospital-Asilo	36
Vida ministerial	37
Contra viento y marea	39
Su labor con las novicias	41
Pasa a ser coadjutor	42
Desafiando a la gripe	43
Otros capítulos	44

#### **VI.- San Sebastián (1919-1929)**

Un nuevo traslado	46
Cómo actuaba	48
Su interés por la Catequesis	49
De guardia en su garita	51
Una inyección espiritual	53

El plan misionero	55
Como nuevo	57
Los viernes de Santa María	59
Sus Ejercicios anuales	61
Siempre observante	62
La noticia-bomba	63
Lo que hizo en San Ignacio	64
Solicitado por todos	66
Las jóvenes en jaque	69
¿Cuál fue la respuesta?	71
Y, con todo...	72
Cuesta abajo	74
Por la misma trayectoria	75

## **VII.- Zumárraga (1929 – 1932)**

¡También aquí trabajó!	78
El caso de Ezquioga	80
La Casa Parroquial	82
Se bate en retirada	83